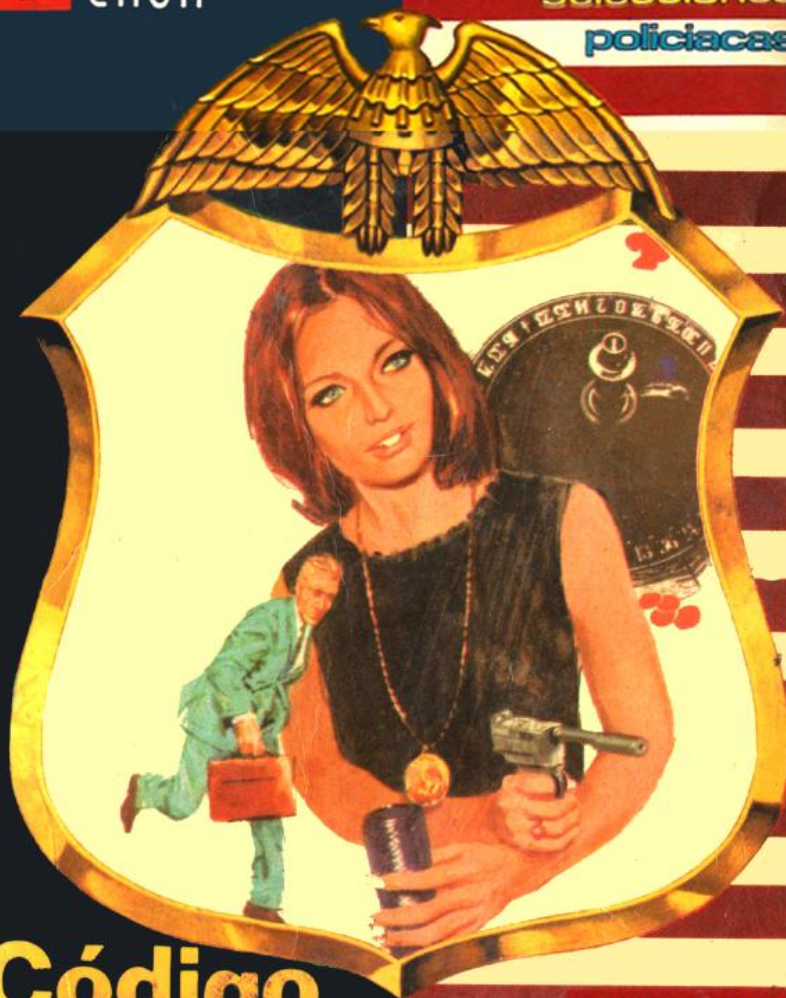




BOLSILIBROS
EASA

selecciones
policiacas



Código invisible

Donald
Curtis



SELECCIONES
F.B.I

DONALD CURTIS
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes
I. S. B. N. 84-06-00885-7
Depósito legal: M. 28.830 - 1977

Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

**Código
invisible**

**Donald
Curtis**

**SELECCIONES
F.B.I**

CAPITULO 1

Recordaba uno de los luminosos, policromos óleos de Gauguin. Una de sus obras bajo el sol radiante de Tahití, con su mescolanza de color, de armonías, de sensualidad caliente y humanísima.

Pero no era un lienzo, ni siquiera una bella postal turística o una composición sofisticada, obra de cualquier realizador "standarizado" del rutinario Hollywood del celuloide. No, no era nada de eso, aunque poseía la belleza misma de todo ello en perfecto combinado.

No correspondía a la perfección técnica de un artífice, un decorador, un experto de la cámara o el procedimiento cromático de una película sensible al color. Nada de eso. Era realidad. Pura realidad, aunque vista a través del enfoque de los poderosos y fieles binoculares, pudiese parecer simple reproducción de un paisaje idílico, con todos los elementos propios de una estampa gráfica bien estudiada y medida.

El azul verdoso del mar, el azul nítido y transparente del cielo, las dos o tres nubecillas blancas, como haciendo la competencia a la blanca mancha afilada y puntiaguda de la vela del balandro... La embarcación misma, con su casco color caoba, su reborde amarillo limón, su cubierta lustrosa, de maderas ocres, las notas blancas y azules de sus aparejos, la mancha naranja de un suéter marinero, ligero y deportivo, la mancha rubia de un cabello masculino, crespo y revuelto por el aire marino... Y las piernas desnudas, los hombros cobrizos, el estómago dorado, los muslos firmes y vibrantes de la hermosa mujer morena, tendida junto al timón, desafiando a la brisa, recibiendo en su rostro de bronce pasional, en sus pechos dibujados por la pieza superior del "bikini" plateado, en sus brazos y en sus pantorrillas desnudas, el azote suave y fresco del agua pulverizada, rabiosamente proyectada por la hendidura que la proa del balandro iba abriendo como surco fugaz, en el azul verdoso de las aguas tropicales.

Sí, todo como en una postal bien iluminada. Como en una escena rosada e idílica, imaginada por algún productor de Hollywood, en los buenos tiempos del cine como gran industria americana.

Suspiró el hombre de los binoculares. Bajó los anteojos, y la magia se evaporó, en una escena igualmente polícroma y radiante, pero mucho más amplia y vulgar, como era la del embarcadero, la red de velas, el bosque de aparejos, las hileras de embarcaciones meciéndose, desde el blanquísimo yate lujoso, propiedad de un multimillonario, hasta las embarcaciones modestas de los pescadores, donde la plata viva de los peces cotidianos llevados a la lonja marinera del puerto, se agitaba ahora, en coletazos desesperados, desde las redes a la piedra o a la madera mojada del embarcadero. En otros puntos del muelle, la pesca era más preciada para el paladar refinado, e igualmente rutinaria para los habitantes de las islas: grandes y vivarachas langostas, crustáceos sabrosos, marisco de roca viva y bravía, azotada por el oleaje del trópico.

Todo eso, tampoco le interesaba al hombre del traje color crudo, ligero y elegante, liviano y bien cortado, sobre la camisa marrón, el pañuelo amarillo al cuello, el cinturón de cocodrilo sujetando los ligeros pantalones, y tocándose con un sombrero panamá, de banda verde oscura.

Tras examinar al lejano balandro, más allá de la boca del puerto, había parecido perder todo su interés por cualquier otra materia. Caminó con paso largo, a través del ancho paseo del embarcadero, apoyado en pilares que se hundían en las aguas del muelle, más turbias y feas que las de mar adentro. Cerró con seco golpe el estuche de piel de los binoculares, sin apariencia de volver a utilizarlos seguidamente.

Se adentró por un dédalo de cestos de pescadores y crustáceos frescos, vivos, palpitantes, subastados a voz en grito por cobrizos nativos de voz chillona, para cruzar la valla de madera de un pequeño merendero ribereño, mitad barcaza, mitad cobertizo, y sin saludar siquiera a su gordo, fofo y grasiento propietario, perderse tras la humareda de los recipientes donde se cocían langostas vivas, transformando su color oscuro y como mohoso, en un rojo vivo y apetitoso, bajo los efectos de la cocción.

Cerró tras de sí la puerta de una pequeña cabina telefónica, bajo

el inevitable y gran letrero rojo donde se anunciaba la bebida refrescante, de cola y zarzaparrilla más o menos sofisticada, "made in USA" y popularizada hasta los más recónditos puntos del globo terrestre.

Marcó con rapidez un número en el dial automático, de no muy lejana factura. Un número de pocas cifras, porque la isla no tenía demasiados teléfonos aún, por muy automatizado que estuviese el sistema.

Tardaron unos segundos en responder a su llamada. Cuando lo hicieron, la voz que sonó era de mujer, al otro extremo del hilo:

—¿Quién llama, por favor?

El hombre de los binoculares miró al exterior, a través del cristal, manchado por el polvo, huellas de dedos, e incluso alguna inscripción con tiza, en español, obscena y poco correcta. Se cubrió la boca con una mano, como si quisiera impedir que cualquier otra persona, incluso a distancia, fuese capaz de espiarle y traducir lo que decía, por el simple movimiento de los labios.

—Habla Zakarías —dijo, secamente, en español—. Zakarías, desde el Embarcadero.

—Bien. Le escucho, Zakarías. Soy Vesta. Puede informar ya.

—Ellos están en alta mar. En el balandro "Dolphin" a cosa de milla y media de la costa. Parecen muy..., muy amartelados. Sólo se preocupan de sí mismos.

—Entiendo. ¿Algún dato nuevo?

—No, ninguno. Todavía no hay ni rastro del "Austral" en el puerto. Y es evidente que tampoco lo esperan hoy..., o ellos no andarían por ahí, en el balandro, disfrutando de un día de diversión y de romance.

—No se fíe de eso. Pueden estar esperando fuera del puerto, si han sospechado algo.

—Eso no es nada probable. Y, por otro lado, estuve en las oficinas de la "Naviera Wilcox". No se espera la llegada de ninguna embarcación como el "Austral". De tener su llegada a este puerto, no podría atracar hasta mañana. Es la reglamentación local, usted lo sabe.

—Podrían pretextar avería, una emergencia cualquiera —meditó en voz alta la mujer llamada Vesta, al otro extremo del hilo telefónico—. Entonces, les darían entrada especial de urgencia.

—Para eso, ellos tendrían que saber ya...

—Zakarías, ellos pueden averiguar eso y mucho más, si tienen suerte y buena intuición, no lo olvide. Debemos prever lo más insólito, para no ser sorprendidos y burlados, recuérdelo bien.

—No lo olvidaré. ¿Qué puede hacer ahora? Hace unos minutos, ella y él estaban enlazados en un abrazo, junto al timón, besándose

—Zakarías torció el gesto—. No me gusta presenciar cosas así.

—¿Puritanismo o envidia? —rió suave, burlona, la voz femenina.

—Ni una cosa ni otra -se irritó el hombre del traje color crudo-. No es mi trabajo espiar la intimidad de una pareja enamorada, creo yo.

—Tiene razón —asintió ella, más grave—. Pero ello forma parte; de una tarea encomendada. Que haya una escena amorosa entre las personas a quienes debe usted vigilar, es puramente accidental, y en nada debe afectarle. Su deber consiste en no perderles de vista, o hacerlo el menor tiempo posible, en tanto llegan nuevas órdenes. Eso es todo.

—Sí, lo entiendo muy bien, pero ¿cuánto va a durar aún semejante tarea?

—No es cosa suya. Ni siquiera mía. Debe esperar instrucciones, como todos. Nos jugamos demasiado en todo esto, para tomarlo con alegría inconsciente. Es un trabajo serio, frío e inmutable. Obedezca, Zakarías. Simplemente eso.

—Obedecer... —refunfuñó Zakarías, con leve irritación. Miró al teléfono, iracundo, como si pudiera encararse con él y decirle lo que pensaba. Pero estaba solo en la cabina telefónica, y eso le permitió templar un poco sus impulsos. Lo suficiente, al menos, para responder, con cierta suavidad, con humilde respeto hacia la invisible Vesta, su interlocutora—: Sí, por supuesto. Yo siempre obedezco. Para eso me pagan...

—Exacto, Zakarías. No olvide nunca eso. Cobra por hacer lo que le digan. Otros, antes que usted, hicieron lo mismo. Un día, los más inconscientes, dejaron de obedecer.

—¿Y?

Vesta tardó unos segundos en responder. Era como un silencio estudiado, inquietante, que no sugería nada bueno.

—Y ya no trabajan para nosotros. Ni para nadie. Ya no hacen

nada —y concluyó, fría y deliberadamente—: Ya no existen, Zakarías...

El hombre se estremeció. No tenía aspecto de ser impresionable ni medroso, pero se estremeció. Con más miedo que quietud o sorpresa. Resopló, tras un corto silencio de incertidumbre:

—Entiendo muy bien... Procuraré no seguir ese ejemplo erróneo, Vesta. Puede estar usted segura de ello. Nunca me ha gustado abandonar esta vida en plena juventud.

—Le elogio su buen gusto —rió suave, sardónicamente, la voz de la mujer lejana—. Nunca es agradable terminar la existencia en un pantano, en el fondo del mar, entre los colmillos de un tiburón, o aprisionado por un lastre demasiado pesado, entre rocas perlíferas. Es feo, francamente feo, morir así, Zakarías, amigo... Vigile bien. Avise en cuanto llegue el "Austral". Y no pierda de vista a su parejita. Estén en el "Dolphin", o estén donde estén. Si se ponen demasiado apasionados..., controle sus emociones. La chica es atractiva, lo sé. Pero piense que cuando esto termine, con el dinero que va a ganarse tan fácilmente, podrá tener a su alcance a docenas de chicas como esa, para usted solo.

Zakarías humedeció sus labios con la punta de la lengua, en un instintivo movimiento que tenía mucho de lascivo, de impaciente. Luego, musitó roncamente:

—Ojalá sea así... Esa muchacha del "bikini" plateado, es la morena más fascinante que vi jamás, incluso en estos trópicos...

Colgó, mientras le molestaba la risita sutil y burlona de Vesta, allá al lado contrario del hilo telefónico. Aquella mujer siempre se reía de todo, especialmente de las humanas debilidades. Posiblemente ella era fea y desgraciada en el terreno amoroso. O tal vez todo lo contrario: hermosa, sensual, arrebatadora y desafiante. Zakarías no podía saberlo. No conocía a Vesta. Poca gente conocía a Vesta en realidad. Podía llamarse de cualquier forma, ser rubia platino, morena intensa o pelirroja llameante. Podía ser joven o madura, bella o repulsiva. "Vesta" era el simple nombre-clave de un código preconcebido. Nada más. Ella era el enlace invisible entre una serie de personas que trabajaban para alguien. Ese "alguien", constituía un enigma más profundo aún que la identidad y físico de la propia Vesta. Ese "alguien" podía ser un personaje solo, una entidad... o una potencia mundial. Cualquier cosa. Pero estaba

prohibido hacer preguntas, curiosear. Toda la misión suya consistía, como dijera Vesta, en obedecer y cobrar sus honorarios por ello.

Zakarías abandonó la cabina telefónica, encendiendo lentamente un largo cigarrillo de claras hojas de tabaco muy bien enrolladas. Contempló el embarcadero, las cestas de mariscos y crustáceos vivos, los rostros atezados, cetrinos, de rasgos orientales, de los pescadores y pujadores en la subasta marinera.

Luego, sus ojos astutos fueron hacia la larga línea azul-verde del horizonte marino. En algún lugar, apenas un punto blanco, casi invisible sin binoculares, el balandro "Dolphin" albergaba a la joven y apasionada pareja a quienes él debía vigilar muy estrechamente. Más allá, en los mares tropicales, en algún punto indeterminado, un barco, un yate de lujo llamado "Austral", navegaba sin rumbo concreto. Pero si sus ocupantes sospechaban lo que estaba a punto de suceder allí, en las islas paradisíacas, de vida lenta, cadenciosa, llena de perezas, laxitud e indiferencia, el yate acudiría rápidamente al puerto.

Eso era lo último que Vesta deseaba. Y los deseos de Vesta eran los suyos propios. Eso formaba como una cadena de intereses comunes.

Zakarías suspiró, caminando perezosamente hacia un cercano edificio blanco, en cuya fachada se leía claramente, en grandes letras azules:

CASINO

Tenía tiempo de jugar unas cuantas partidas en la sala de juego. Después, subiría a la terraza superior, donde uno de esos grandes visores telescópicos funcionaba echando una moneda en la ranura, durante cosa de un minuto. Un puñado de monedas, le permitirían gozar de tal privilegio, en la terraza habitualmente desierta, bajo la sombra somnolienta del cobertizo de cañas, durante bastantes minutos continuados.

Y con aquel visor telescópico, el balandro y sus ocupantes se veían tan nítidamente, conociendo su exacto emplazamiento, como utilizando los prismáticos allá en el embarcadero.

De entre los sensuales, gruesos labios de Zakarías, escapó un alegre silbido, modulando una tonada popular. Pasó junto a un entoldado de anchas, de brillantes franjas de color rojo y amarillo. En grandes carteles polícromos, se leían las frases de ritual en tal

clase de espectáculos ambulantes:

"CONTINENTAL CIRCUS.

¡EL más grande "show" circense de todos los tiempos! ¡Fieras, acróbatas y trapeceistas! ¡Mujeres hermosas, peligrosos desafíos a la muerte sobre la pista de arena!

¡El trapecio volante, la escala mortal, los aguiluchos humanos, la mujer-tigre y el sensacional, el único y prodigioso telépata de fama mundial, Rudyard Melby!

¡Todos al gran CONTINENTAL CIRCUS!"

Sonrió para sí Zakarías, dejando atrás el entoldado circense, con su llamativa publicidad, sus taquillas, donde ya formaban cola algunos chiquillos y hombres de aire desocupado, absortos la mayoría en la contemplación de litografías con abundancia de acrobacias casi imposibles, o de mujeres de formas sensacionales, posiblemente muy lejanas de la realidad del conjunto que actuaría luego en la pista de arena.

Pero Zakarías sabía que no todo era publicidad y exageración en el circo. Zakarías estaba seguro de que alguna de las atracciones allí anunciadas era realmente tan sensacional y fuera de lo común como se aseguraba.

O, de otro modo, él no estaría allí. Ni Vesta movería sus hilos en la isla tropical.

Ni sucedería ninguna de las cosas que estaban a punto de suceder en diversos lugares de la geografía del océano Pacífico.

No sólo en la isla perdida en uno de los muchos archipiélagos del trópico, sino en otro lugar más cosmopolita, más populoso, más moderno y civilizado.

También allí, los hilos de la telaraña invisible extendida por Vesta y por sus superiores, alcanzarían a alguien más.

Eso formaba parte del juego. Y Zakarías lo sabía.

Zakarías no estaba enterado de muchas cosas, pero sí de las suficientes para saber que cada una de las personas mezcladas en el asunto, no era más que un simple peón en una gran partida de ajedrez. Y que cada movimiento de ellos era una vulgar jugada preparatoria en el gran tablero mundial.

Luego, más tarde, cuando las jugadas previas estuviesen todas

realizadas, sería el momento de que otras piezas más importantes que los simples peones entrasen en acción directa, iniciando el jaque a algo o alguien de lo que Zakarías ni siquiera tenía la menor idea, pero que debía de ser sumamente importante para las gentes que se movían en la sombra.

Y si ese jaque a escala mundial se realizaba conforme a los planes previstos, un "mate" sensacional iba a tener lugar en determinada ocasión. Un "mate" que significaría mucho, sin duda alguna, para quienes eran capaces de desplegar tal aparato de organización, de fuerza, de acción conjunta, fría e inexorable, para llegar a una conclusión favorable a sus secretos planes.

Zakarías hubiera dado algo por saber más por conocer más a fondo el asunto. Pero sabía que eso constituía un peligro. Un tremendo peligro, ostensiblemente advertido ya por la voz de Vesta.

Desobedecer, retirarse, tratar de saber demasiado, tenía un castigo rígido e implacable para el infractor:

La muerte.

La muerte violenta, feroz, cruel, dictada por los rectores que jamás salían de la sombra.

CAPITULO 2

Richard Klein se sentía satisfecho aquel día. Muy satisfecho.

Por fin, tenía algo realmente importante entre sus manos. Había valido la pena esperar aquellos años, confiar en que las cosas cambiarían un día, y la suerte sería mejor.

Así era. La suerte ya era mejor. O estaba a punto de serlo para Richard Klein. Las malas épocas, los recuerdos desagradables iban a quedar atrás. Estaban ya quedando virtualmente atrás. Sólo esperaba que ello fuera para siempre.

Cuando ingresó en "McLane Fashion of Pacific", jamás soñó con que pudiera obtener tan fácilmente la confianza de sus superiores. No, después de todo lo que él había vivido.

Y, sin embargo, así fue. Leticia McLane y sus dos socios habían pensado en él como en la persona idónea para sus proyectos. A eso debía el sentirse ahora feliz, al borde mismo de una nueva vida, de un nuevo futuro, de algo que jamás pudo soñar o prever, al entrar allí como empleado, sin esperanza ni ilusiones.

Salió de la ducha, silbando alegremente una tonadilla que estaba de moda. Secó el agua de su piel., eligió su mejor ropa y se detuvo un minuto más de lo habitual en los pequeños detalles, como el nudo de la corbata y cosas así. Quería producir buena impresión al Consejo Directivo de la firma. Cualquier cosa sería buena para eso, porque él sabía lo importante que podía llegar a ser la apariencia de uno, en ciertos aspectos de la vida social y profesional. Sí, él sabía muchas cosas. Sólo que hasta ese momento no tuvo gran ocasión de demostrarlo.

Cuando estuvo totalmente aseado y a punto, se encaminó hacia su voluminoso portafolios.

El portafolios...

Suspiró, contemplándolo. Él simbolizaba todo. O casi todo. Allí dentro estaban sus sueños, sus esperanzas todas... Su futuro. Quizá

una gran parte de su propia vida...

Lo tomó con verdadero afecto, casi con ternura, como se coge al gatito predilecto y mimoso, o como se tomaría, incluso, a un pequeño bebé. Su bebé propio e inanimado. Richard Klein era soltero. No tenía esposa. Ni bebés. Ni siquiera un gatito a quien acariciar. Era un solitario, lo había sido siempre. O casi siempre. Y cuando dejó de serlo y cifró sus afectos en alguien, hubiera sido mejor no hacerlo, porque siempre salió de todo ello defraudado y lleno de decepciones.

Claro que no siempre era igual. No todo el mundo era como las gentes que él había conocido. Vivir en un mundo duro, frío, despiadado, sin amigos... Eso era lo que él había hecho durante años enteros. Si alguna chica compartió su vida, fue una cualquiera, una de esas que sólo suspiran por pieles, joyas, dinero, caprichos. Y los amigos lo eran en todo momento por su interés personal en él. Porque sabían que Richard Klein era inteligente y capacitado para cualquier cosa. En especial, si esa cosa era delictiva...

Respiró hondo. Avanzó hacia la salida del pequeño apartamento, con el voluminoso portafolios en su mano. Todo eso quedaba atrás. Todo eso formaba parte del pasado. Un pasado molesto, agrio, que él era el primero en desear olvidar.

Klein se detuvo junto a la puerta. Lo justo para tomar la llave, disponerse a abrir y cerrar, para encaminarse al trabajo. Para continuar con aquella nueva vida, mil veces mejor, en un mundo donde la honradez y la buena fe, el amor al trabajo y a la laboriosidad, lo eran todo.

Justamente entonces, sonó el teléfono.

Klein giró la cabeza, sorprendido. Contempló el receptor telefónico, allá en la mesita de centro. Se preguntó quién podía llamarle y para qué.

No recordaba a nadie que pudiese precisar de su atención, y menos a semejantes horas. Llevaba poco tiempo en aquel apartamento. No tenía amigos ni vecinos conocidos. No tenía objeto una llamada. A no ser que fuese un simple error...

Esperó un poco. El timbrado se repetía, insistentemente. Aguardó, hasta preguntarse si no sería de las oficinas de donde le llamaban. Podía ser alguien de "McLane Fashions of Pacific". Acaso Miles, el jefe de personal. O Gertrude, la telefonista. O Elsa, la

secretaria personal de la propia Leticia McLane...

Regresó, con un suspiro. Acaso eso le costaría perder el autobús de las siete treinta y cinco. En ese caso, posiblemente llegara unos minutos tarde al trabajo. No le gustaba semejante idea, pero si le entretenían con la llamada, les avisaría previamente de su retraso en llegar. Aún no disponía de automóvil propio. Era duro comenzar. Y él prefería hacerlo desde abajo, sin perder la serenidad, sin precipitarse en adquisiciones que luego no pudiese afrontar en las fechas de pago. No, él no podía confiarse en absoluto. Sus experiencias no eran optimistas en ningún terreno, laboral o económico. Era mejor hacerlo todo paso a paso, sin precipitaciones ni errores. Primero, el autobús. Luego, acaso un coche usado, hasta poder adquirir otro mejor, acaso un nuevo automóvil de los que se detenía a contemplar, con admiración, en los escaparates de las grandes firmas vendedoras de coches.

Descolgó el teléfono, dejando la valija junto a sí. Indagó:

—¿Quién llama?

—Oiga... —sonó una voz masculina, grave y sin personalidad, sin especial entonación alguna, ni timbre definido—. ¿Es Ricky King?

Se estremeció. Como si una repentina corriente de miles de voltios sacudiera su cuerpo. Era lo último que hubiera esperado oír. Lo último que hubiera deseado sentir de nuevo.

—Responda —insistió la voz, ante su silencio—. ¿Estoy hablando con Ricky King?

No sabía quién podía ser su interlocutor. No lograba identificarle. Pero, fuese quien fuese, le conocía a él muy bien. Le llamaba por su otro nombre. Por el que ahora estaba intentando olvidar, a fuerza de trabajo, de lucha, de honestidad...

—Se equivoca —musitó con voz ronca—. Mi nombre es Richard Klein. Debió ver mal en la guía, señor. Buenos días...

Iba a colgar. No lo hizo. La voz, allá al extremo opuesto del hilo, se lo impidió con una brusca imprecación que retumbó incluso lejos del auricular telefónico.

—¡Espere! —sonó la voz—. Usted es Richard Klein., pero fue antes Ricky King. ¿O acaso me equivoco?

Otro silencio. No, no se equivocaba, maldito fuese aquel individuo que telefoneaba, y él parecía saberlo muy bien, dijese

Richard lo que dijese...

—¿Quién es usted? —preguntó por fin Klein, con aspereza, en tensión todo su cuerpo.

—No le importe. Ni siquiera me conoce. No me vio jamás.

—Miente.

—Muy seguro parece de eso —una risita irónica llegó por los orificios del teléfono-. Sin embargo, le aseguro que es cierto. Jamás nos vimos antes de ahora, señor King.

—Le dije que mi nombre es Klein.

—Y yo insisto en que quiero hablar con Ricky King, el del "Purple Room". Ricky, el amigo de Bugsy Boops. Ricky, el buen chico de "Little Cicero"....

Los labios de Richard se apretaron con fuerza. Palideció intensamente. Aquel hombre sabía muchas cosas sobre él. Casi todo. Su trabajo en el "Purple Room", sus feas actividades con Bugsy, su temporada en el barrio de Pequeño Cicero... Seguramente sabía mucho más. Todo lo demás.

—Deme su nombre —cortó Richard, áspero—. Démelo, o cuelgo el teléfono.

—No me importa que lo haga. Volveré a llamarle más tarde si cuelga. Pero no a su casa, claro. Lo haré a "McLane Fashions of Pacific".

—¿Qué dice? —se descompuso Klein, tambaleándose.

—Ya lo ha oído. Llamaré a su empresa. Pediré por Richard Klein, que antes se llamaba Ricky King y estaba metido en una asociación de estafadores pillos y...

—¡Aguarde! —aulló Klein, enfurecido—. ¿Qué busca? ¿Qué es lo que quiere exactamente, maldito sea?

—Muy poca cosa —rió el interlocutor desconocido—. Hablar con Ricky King.

—Supongamos que yo..., que yo fuese realmente ese Ricky King a quien busca. ¿Qué tendría que decirme?

—Que quiero verlo personalmente. Esta noche.

—¿Esta noche? ¿Dónde?

—Le diré el lugar en otra llamada. Le avisaré a su oficina.

—¡No, no!...

—Vamos, no sea tonto. No diré nada sobre Ricky King... todavía. Preguntaré por Richard Klein, diseñador de modas. Verá

que me conozco bien sus actividades. Me pondrán directamente con usted. Yo le saludaré como a un viejo amigo. Le diré hora y sitio. Pero recuerde que deberá acudir a la cita. No habrá nuevas oportunidades. Irá usted, a la hora y lugar señalados. Y hará cuanto se le diga.

—Escuche, quienquiera que sea. ¿Qué imagina? ¿Que acepto órdenes de cualquiera?

—Es prudente para usted hacerlo así por ahora. Es su porvenir lo que está en juego. Su trabajo, su salario, sus posibilidades para el futuro. No habrá nuevas llamadas. No se le pedirá nada más que aquello que se le exponga esta noche, en nuestro encuentro. Sólo eso. Pero está avisado: si rechaza el acuerdo, si se niega a cooperar; si recurre a la Policía o revela a alguien lo que sucede, usted será el único perjudicado. Y por toda una vida. Usted sabe que no habrá más oportunidades después de McLane. Cuide eso... o se hundirá para siempre.

—Espere. ¿Qué es lo que está tratando de dar a entender? ¿Qué va a pedirme y...?

—Hasta la noche, King. O Klein, como prefiera.

—¡Oiga! ¡Aguarde aún!...

Era inútil. No aguardó. Sonó un seco, lejano clic. Habían colgado. Golpeó estérilmente la horquilla. No iba a lograr nada. Su interlocutor había dado fin a la extraña, inquietante charla.

Súbitamente, todos los sueños, todas las esperanzas e ilusiones puestas por Richard Klein en su futuro, se empezaban a desmoronar, bajo el impacto siniestro de aquella llamada inquietante, sombría, amenazadora y tensa...

* * *

La segunda llamada fue puntual.

Se produjo a las ocho treinta minutos de aquella noche, cuando Richard Klein había regresado de su trabajo cosa de tres cuartos de hora antes, y fumaba nerviosamente su enésimo cigarrillo, a la espera de lo que pudiese acontecer.

Descolgó el teléfono tras una corta vacilación que permitió emitir hasta tres timbrazos. Interrogó, áspero, con la leve esperanza de que no fuese del mismo origen la llamada de esta ocasión:

—¿Diga? Aquí Klein...

Vana esperanza. Eran ellos, quienesquiera que fuesen. La voz lo

probó sin pérdida de tiempo:

—Hola, King. Sé que está ahí hace tiempo, de regreso de su tarea diaria. Mis hombres vigilan su casa.

Hubo un rápido, instintivo gesto de aprensión e inquietud en Klein, que giró su cabeza, mirando a diversos puntos de la habitación, a las ventanas que asomaban al centro de Honolulu, a la vista idílica de palmeras, arena y mar, allá en el horizonte isleño.

Fue como si su invisible, lejano interlocutor, pudiese ver su acción, porque sonó una risita burlona en el teléfono, y la voz continuó, con ironía:

—No, no se asuste. No va a ocurrir nada. Pero recuerde que debe hacernos caso. En todo, ¿entiende? Le avisé antes. Una negativa sería funesta para usted.

—No entiendo nada de todo esto, no sé lo que se proponen —humedeció nerviosamente sus labios y tragó saliva, antes de proseguir:— Escuchen, por Dios. ¿Qué pretenden que haga yo? Soy un simple empleado en una empresa de modas, que trabajo honestamente y que...

—Sabemos todo eso —fue rotundamente atajado—. Como sabemos cuál es la historia de Ricky del "vaudeville", de los "varietés" del "Hall Concert"... hasta que en su primera juventud se mezcló con los pistoleros de Chicago. Una bonita historia, Ricky. Una historia que le haría mucho daño...

—¡Basta! —jadeó, furioso—, ¿Qué quieren?

—Lo sabrá dentro de hora y media. A las diez en punto.

—¿Cómo?

—Alguien se lo dirá. En un lugar al que debe entrar justamente a las diez menos diez minutos, tomando asiento en la mesa siete. Recuerde: mesa siete. Estará reservada. Es un lugar discreto. Esperará allí.

—¿A qué o a quién?

—Eso es cosa nuestra. Mi enviado se identificará sin lugar a dudas. Deberá atenderle. Es obvio decirle que si va acompañado de alguien, sea policía o no, mi enviado se marchará, pretextando equivocarse. Y al siguiente día, la "McLane Fashions", la Policía de Honolulu y también la prensa, tendrán exacta idea de quién es usted, de quién fue en el pasado..., con pruebas sobradas para que nadie albergue la menor duda al respecto. ¿Ha entendido?

—Sí... —el sudor corría, copioso, por el rostro crispado, pálido, de Richard Klein—. Sí, entiendo muy bien. Los viejos métodos. Los de siempre...

—Exacto. Son los más eficaces en todo momento —hubo un tono sarcástico en la voz del hombre del teléfono—. El local adonde debe dirigirse a las diez es el "Ukelele", en Aloha Beach. No olvide: el "Ukelele", mesa siete. Es todo. A las diez en punto se le presentará la persona que debe hacerle la proposición. No tiene que hacer otra cosa que decir que sí a cuanto se le proponga.

—Supongamos que mi respuesta fuese: "No".

—Sería lamentable. Para usted, claro está. Ello le condenaría irremisiblemente a perder su empleo, a ser expulsado de Hawai por indeseable... Volver a empezar, King. Buscar otro lugar, otro nombre... ¿Vale ello la pena?

No, no valía la pena. Eso, lo sabía él mejor que nadie. Nunca vale la pena intentar de nuevo algo tan difícil, tan arduo, tan amargo como iniciar una nueva vida, sobre todo cuando ya se intentó muchas veces, se fracasó las más, y únicamente en la actual se logró algo positivo, esperanzados animoso.

No valía la pena. Y la respuesta de Klein fue como un murmullo fatalista, forzado, resignado y sombrío:

—Está bien. Iré. El "Ukelele", a las diez. Mesa número siete... No faltaré.

Y colgó, casi con un golpetazo del auricular en la horquilla.

* * *

—Las Galápagos, señor... ¿Vamos a fondear allí? La pregunta flotó unos momentos en el silencio apacible, soleado, tórrido, de la cubierta blanca del yate. Por encima de ellos, el cielo era como una lustrosa, llana hoja de acero azul, terso y ardiente. El sol, una especie de lente colosal, reflejando una luz dorada, casi escarlata, que ponía pigmentos cárdenos a la piel, pese a la protección de las blancas gorras de visera que utilizaban a bordo.

El hombre de impecable uniforme blanco, de tenue seda, dejó de contemplar la costa cercana a través de sus prismáticos, para volverse lentamente a su subordinado y, contemplándole con aire distraído, respondió:

—Hace unas pocas horas, no hubiéramos tenido que entrar en ninguno de los puertos de esas islas, Polnieff. Pero las cosas han

cambiado últimamente. He recibido una llamada urgente de HZ-Trescientos Veintitrés. Eso altera los planes del "Austral". Fondearemos en los Galápagos, sí. Exactamente en Isla Chica, al sur del archipiélago. En el embarcadero de Puerto Pacífico. ¿Entendido, Polnieff?

—Sí, capitán. Entendido. Eso quiere decir que habrá... acción — y los azules, duros ojos de Polnieff, brillaron con excitación ostensible.

Su superior sonrió gravemente. La ancha faz, bronceada por el sol de los mares tropicales, reveló cierta ironía, bajo el reflejo dorado de los lacios cabellos que cubrían la gorra marinera.

—Sí, Polnieff -confirmó lentamente—. Como tú muy bien has dicho, creo que eso significará acción...

Polnieff saludó rígidamente, a la usanza militar, y se alejó, con excitación visible, para dar las órdenes oportunas. Su superior, con un suspiro, recuperó de nuevo sus prismáticos y contempló los arrecifes y playas de las Islas Galápagos.

Lentamente, el "Austral", blanco, ligero y esbelto yate de recreo, se movió en la extensión azul, abriendo surco de espuma hacia las islas ecuatoriales.

En tierra, evidentemente, Zakarías y Vesta iban a experimentar una gran contrariedad si llegaban a saber de ese incidente de tan gran trascendencia para ellos y sus proyectos más inmediatos.

Entretanto, en la cabina radiotelegráfica del "Austral", un operador emitía un mensaje de respuesta lleno de inocente apariencia.

Pero aquel mensaje, descifrado en un lejano punto, por manos expertas, tras someterlo a un complicado código de traducción, distaba mucho de ser inocente. Si bien para muchas personas hubiese parecido un mensaje completamente incongruente y falta de auténtico sentido:

"'Austral' a HZ-323... 'Austral' a HZ-323. Mensaje código 005-R20, recibido a bordo. Informados sucesos Isla Chica, hacemos rumbo a los Galápagos. Circo Continental en esa localidad. Asistiremos representación debut. Confíen en nosotros. Saludos: Yuri Voronin. A bordo del 'Austral'. Ecuador."

CAPITULO 3

La avioneta negra y amarilla sobrevoló la larga hilera de globos flotando en el aire límpido, muy azul y muy terso. Apenas si soplaba un poco de brisa procedente del mar. Una brisa suave, que ondulaba el verdor de las campiñas de Honolulu.

También los globos multicolores, inmensos, como una muralla para los vuelos hostiles, se agitaban alegremente, como inmenso juguete infantil, disperso en torno al núcleo urbano, gigantesco y amplísimo, de una de las mayores capitales del mundo.

Pero no había guerra, ni agresores, ni posibles vuelos hostiles sobre territorio japonés. Tokio no esperaba bombardeos o ataques desde el aire. Solamente visitantes. Muchos visitantes. Del mundo entero.

En cada globo, una colosal letra luminiscente, fosfórica, brillaba a la luz del sol, y con igual nítida centelleo era visible en la iluminada noche de Tokio.

Simultáneamente al extraño mensaje emitido desde el yate "Austral" a una lejana estación de radio, con la nomenclatura cifrada de HZ-323, otro mensaje surcaba las ondas, con un texto igualmente extraño, sorprendente y oscuro, excepto para aquellos a quienes iba dirigido:

"Ricky King localizado Honolulu. Hawai. Respuesta afirmativa proposiciones. Le fueron adelantados fondos,

Emprende viaje punto designado, fingiendo dolencia que le da una baja temporal en su empresa. Nadie sospecha.

Esperamos resultados positivos misión Galápagos para iniciar plan previsto bajo nombre "Operación Invisible". Profesor Prather espera instrucciones para empezar a emitir. Saludos: Rose."

Vesta, la misteriosa dama que era el enlace de las fuerzas desplegadas en las Galápagos, recibió poco después un inquietante

mensaje de alerta, igualmente en clave. Traducido, su texto era breve y previsor:

"Actúen con rapidez y máxima precaución. Yate 'Austral' en ruta hacia Isla Chica. No pierdan tiempo.

Urge éxito total sin complicaciones. Esperamos noticias urgentísimas.

Rose."

El mismo misterioso "Rose" de la firma de ambos mensajes emitidos por radio, en un código especial, ajeno a cualquier otro registrado internacionalmente, recibió respuesta esa noche, a primera hora. Brevísima y con la máxima urgencia:

"'Austral' burlado. Anticipamos planes antes debut circo. Secuestro llevado a cabo. Sigue 'Operación' cauce previsto. Saludos: Vesta."

Todos los pabellones rivalizaban en hermosos y polícromos juegos de colores que daban un soberbio colorido.

En cada estanque artificial, un gran reflejo que de las luces daba en el agua, ponía un claro centelleo, en la distancia, era visible en la noche radiante de Tokio. De aquel Tokio, una efervescente popularidad universal en tales momentos.

Y los globos, oscilando a impulsos de la brisa, sujetos a tierra por los multicolores cables, anunciaban al mundo, a las aguas del Mar de Japón, del Mar de China, del Pacífico todo, la circunstancia feliz, popular, esplendorosa:

"TOKIO. FERIA INTERNACIONAL. ¡BIENVENIDOS TODOS AL JAPÓN!"

Sí. Era la gran circunstancia internacional para Tokio, para el Japón todo. Su fabulosa, próspera, exótica y luminosa Feria Internacional.

El año era poco importante. Sólo la feria tenía importancia. Y no únicamente en Asia. No tan solo en territorios orientales. El mundo entero mostraba su presencia, su admiración, su curiosidad hacia aquella enorme aglomeración comercial, técnica e industrial, hacia el gran certamen mundial, que eligiera a Tokio como sede durante un año.

La Feria Internacional de Tokio.

La avioneta a listas negras y amarillas pasó graciosa, ágilmente, entre las hileras oscilantes de globos polícromos. Estos, como una

alameda aérea, como un doble flanqueamiento de luz, color y armonía, en gracioso, travieso jugueteo con el aire marino, moviéndose por aquella verdadera autopista del aire hacia el gran aeropuerto internacional de Tokio.

Era un visitante más de la Feria Internacional. Un avión privado, cuyo piloto se encaminaba, como tantos otros, al colosal certamen internacional.

Pero en la práctica, aquella avioneta y su ocupante no serían en absoluto una visita más. Por el contrario, su presencia en Tokio significaría una profunda alteración de muchas cosas. En el Japón... y en Asia toda.

Sólo que nadie lo sabía aún. Era muy pronto cuando la avioneta oro-negra sobrevolaba Honshu, como un curioso más, atraído por la magia espléndida de la Feria. Pero no iba a transcurrir mucho tiempo. No mucho, para que todos supieran la alteración que en el curso de los acontecimientos iba a tener la presencia de la avioneta color avispa... y su único ocupante.

* * *

—¿No es adorable?

—Adorable, sí.

—Más aún: yo diría que resulta... fascinante.

—Fascinante, sí. —¿Te gusta?

—¿Gustarme? Me hechiza...

Ella giró repentina, inesperadamente la cabeza. Se quedó contemplándole, con un súbito, vivo aire de reproche.

—¡Brent! —se irritó—. No estás mirando en absoluto el pabellón.

—¿El... pabellón...? —él sonrió, meneando negativamente la cabeza—. No, no. No miraba el pabellón...

—Brent..., estabas mirándome a mí.

—A ti, sí.

—¡Mirabas mis..., mis piernas!

—Tus piernas.

—¡Y..., y mi..., mi...! —se ahogó, enrojeciendo repentinamente. Sus manos, cuidadosamente manicuradas, con uñas barnizadas en color fresa, cubrieron sus pechos, perfectamente dibujados por el tejido húmedo del brevísimo bañador de dos piezas y tejido plateado.

—Eso es, Rachel. Y tu... "eso".

La carcajada que soltó Brent hizo enrojecer más aún a la joven. Sacudió la cabeza y sus cabellos intensamente negros, tan negros que eran como un contraste de ébano puro, junto a la plata de su "bikini" mojado y el color ocre ligero de su estómago y piernas, torso y brazos, se agitaron, destellando con estrellitas azuladas, donde al agua aún mostraba cristalinas gotas de agua.

—Oh, Brent, eres..., eres un hombre odioso —musitó ella, enfadada—. ¡Dedicarte a contemplarme a mí, cuando estamos recorriendo este maravilloso pabellón acuático, esta maravilla que presenta tu propio país en la Feria Internacional...!

—He visto cosas parecidas en Marineland, en Florida —sonrió Brent—. En cambio, no siempre se puede ver algo tan adorable, fascinante y hechicero como la figura de una mujer parecida a Rachel Rhitter, la encantadora R.R. de las publicaciones de alta sociedad, modas y todo eso.

—Te advierto, Brent Marvin, que tus trucos y recursos habituales no van a darte el menor resultado conmigo. Yo no soy una de esas chicas de tu mundo de aventuras, que va a caer rendida en tus brazos, suspirando de amor y pidiéndote que me tomes contra ti y me beses los labios.

Brent sonrió, inclinando la cabeza como quien acepta algo inevitable y penoso a la vez. Confesó, con humildad:

—Claro que no. Nunca imaginé tal cosa, Rachel.

—Eres un fabuloso embustero, Brent —rechazó ella con vivacidad—. ¿Cuándo dejó de pensar Brent Marvin en que una mujer que le gustase pudiera hacerle caso y caer rendida en sus brazos, loca de amor por él?

—Bueno, muchas veces. No soy tan irresistible ni engreído como supones. Tu padre debió informarte mal, querida.

—Mi padre te conoce muy bien —replicó Rachel Ritter, entrelazando sus brazos en la nuca, con lo que su tórax se adelantó, henchidos sus macizos pechos bajo el tejido liviano, plateado, del breve bañador de dos piezas con que se había equipado para la visita al mágico ambiente subacuático, muchas veces fingido por la técnica de la luz, la sombra y el color, del pabellón de los Estados Unidos en la Feria Mundial de Tokio.

—Tu padre es un excelente diplomático y un buen americano,

lejos de su país —ponderó Brent, encogiéndose de hombros—. Conoce a cierta persona llamada Brent Marvin, y conoce un nombre-clave. Pero eso es todo. Aparte nuestro contacto fríamente profesional, patriótico, si lo deseas, nada más sabe de mí. Son simples conjeturas. Mala fama, diría yo.

—Pues si es así, tu fama es pésima —rió de buen grado Rachel Ritter, cuyo perfil torácico al hinchar su busto resultaba inquietante y agresivo—. No debimos venir siquiera a este pabellón, Brent. No puedo fiarme de ti, vistiendo de este modo, y sólo con los peces y reptiles anfibios por testigos...

Brent se echó a reír de buena gana, mirando en derredor. A Rachel Ritter, la hermosa morena hija de Stuart Ritter, funcionario especial del Gobierno de los Estados Unidos, delegado oficialmente en Tokio con una aparente misión burocrática, del Departamento de Importación y Exportación Industrial, pero en realidad funcionario del Departamento de Justicia, con especiales atribuciones en el terreno arduo y difícil de contraespionaje U.S.A. en el sudeste asiático, no se le podía negar la razón de sus asertos. Rachel Ritter, la bella heredera de Stuart Ritter, hombre de política y de fortuna muy estimado en los círculos gubernativos de Norteamérica, tenía toda la razón del mundo al aventurar la teoría de un peligro cierto, junto a un hombre joven, arrogante y peligroso, como Brent Marvin, en un lugar tan poco frecuentado, tan sinuoso y complejo como el Pabellón de Marina de los Estados Unidos en Tokio.

Al igual que "Marineland" en Florida, aquel lugar recogía, artística y sugestivamente, diversos aspectos de la flora, la fauna y las técnicas submarinas modernas. Luces, juegos de color, de transparencia, de piscinas, de cultivos, de peces, plantas, sistemas de iluminación, a través de paneles de vidrio irrompible, de insólitas peceras y urnas, de piscinas y de embalses de mágico montaje visual, desfilaban ante los ojos del visitante, como auténtico anticipo de lo que sería un viaje al fondo mismo de los mares. Pero todo ello, naturalmente, artificioso y dispuesto por excelentes escenógrafos, decorados y expertos en temas subacuáticos. Habitualmente, estaba repleto aquel pabellón, orgullo de la técnica norteamericana, de un público interesado y ávido, en partes iguales nipón y extranjero. Ahora resultaba diferente, porque la Feria Internacional estaba cerrada al público, en las primeras

horas de la mañana, antes de la oficial apertura. Largas colas de visitantes aguardaban fuera, al momento del acceso autorizado. Marvin, en realidad, era un visitante de excepción. Y Rachel Ritter, una anfitriona también excepcional, designada por la Comisión de la Feria para recibir a visitantes ilustres de cualquier naturaleza. Marvin, por personal informe de Stuart Ritter, era uno de esos ilustres visitantes, aunque a los organizadores nipones se les escapara su posible trascendencia como tal.

Y allí estaba ahora, en las primeras horas matinales, antes de dedicar la jornada a tareas menos gratas y triviales que visitar una Feria, en compañía de una dama como Rachel Ritter.

Dentro del recinto ferial americano y como complemento a su decoración totalmente submarina, las empleadas se ataviaban con bañadores especiales, lo que permitía durante la visita que las guías y cicerones se lanzasen en zambullidas de exhibición al fondo de las diversas piscinas montadas en el pabellón. Rachel había sido fiel también a ese aspecto de su labor como anfitriona de Brent. Y Marvin se dijo, a la vista de la anatomía de su buena amiga de la Legación norteamericana en Tokio, que hubiera sido imperdonable perderse semejante exhibición personal de la muchacha.

Pasaron junto a un enorme vidrio de aumento que convertía a unos insignificantes pececillos en auténticos monstruos marinos, y Marvin estudió aprensivamente los ojos redondos y vidriosos, las bocas palpitantes, las branquias y las escamas de aquella especie de gigantes del mar que parecían flotar a pocos pasos de ellos.

—Creo que nadie te intentará besar aquí, Rachel, si tú decías que uno de esos peces era buen amigo tuyo, y sentía celos de tus amistades...

—¿Ni siquiera el temible Brent Marvin? —se mofó ella, con un mohín burlesco.

—Ni siquiera Brent Marvin —afirmó él, tomándola por un brazo con fingido temor. Mirando de reojo al pez de falsa apariencia ciclópea, murmuró: En cualquier caso, me sentiré más tranquilo lejos de aquí, encantadora anfitriona...

—Como gustes —rió ella—. Pero te aseguro que son inofensivos, aunque esto pueda significar un riesgo para mí... Por otro lado, tras este acuario ampliado por un juego de lentes, el pabellón U.S.A. toca a su fin, Brent.

Marvin no la hizo caso. Continuó adelante por corredor azulado, con muros opalescentes, tras los cuales se agitaba una fauna casi de apariencia abisal, entre bellos paisajes submarinos montados por hábiles escenógrafos, se abrió entre ellos, con una indicación fluorescente sobre el techo: "ESTA USTED ABANDONANDO EL PABELLÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA FERIA INTERNACIONAL DE TOKIO. VUELVA OTRA VEZ. SIEMPRE SERA BIENVENIDO."

Repentinamente, Rachel dio un tropezón con sus tacones en el pavimento resbaladizo del corredor. Por no golpear con su cabeza contra uno de los muros de vidrio de los laterales, se fue en dirección opuesta al perder el equilibrio, con un leve gemido..., para caer en brazos justamente de Brent Marvin.

—Lo siento —sonrió él, sujetándola con firmeza, sin poder evitar que en lo imprevisto de la circunstancia, uno de sus brazos oprimiera la cintura de ella, y el otro llevase su mano hasta la axila, junto al arranque de uno de sus firmes senos—. No tuve: la culpa, que conste...

Rachel le miró fijamente. Pestañeó, con una sonrisa. Y, entornando los ojos, entreabrió sus rojos labios para musitar:

—Tonto... Fue un incidente tan sólo. Pero ya que ha ocurrido..., ¿a qué esperas para besarme, irresistible Brent Marvin?

—A que tú me lo pidieras tan solo —sonrió Brent, con cinismo. Y se inclinó. Y la besó.

Fue un beso largo. Muy largo. Los labios de Marvin mantenían la presión sobre la carnosidad jugosa de la boca de Rachel. El cuerpo esbelto, arrogante, de auténtica sirena plateada, se oprimía contra el de Marvin.

Cuando terminó el contacto, Rachel Ritter tomó aliento. Brent sonreía aún, con cierto matiz entre insolente y admirativo en el rictus de su sonrisa. Ella susurró, jadeando:

—Cielos, Brent... Besas maravillosamente bien. Empiezo a comprender por qué resultas irresistible...

—Vamos —Marvin la tomó por el brazo y tiró de ella, hacia la salida—. Como exhibición personal, ha concluido. Como experiencia para ti, jovencita, es ya suficiente.

—Brent, hablas como si todo hubiera sido fríamente profesional —se irritó Rachel, siguiéndole a viva fuerza y dando trompicones

por el corredor.

—¿Pues qué habías creído? —bromeó Brent—. ¿Que habías logrado fascinarme ya, en forma irresistible y arrolladora, encanto?

—Oh, Brent, eres odioso a veces..., Sólo quise ponerte a prueba, demostrarme a mí misma y demostrarte a ti, que eres solamente un..., un...

—De acuerdo en todo. Soy un conquistador incorregible, me vuelvo loco por una chica que sea como debe ser, y todo cuanto quieras, Rachel. Pero eso no es un inconveniente para mi trabajo, y me ha facilitado muchas cosas hasta hoy.

—Yo no soy una espía, Brent. Sólo estoy aquí para servirte de cicerone y...

—Eso, nunca se sabe. Puedes ser una buena hija de papá Ritter, patriota y leal, o puedes ser una espía astuta, pagada por el Kremlin o por los servicios secretos del viejo Mao.

—Brent, no estarás hablando en serio, ¿verdad?

—No. Bromeaba —enarcó enigmáticamente las cejas Marvin. Se detuvo, en la salida del Pabellón U.S.A., pestañeando ante la azulada pero intensa luz de la mañana japonesa, despejada y amable. Faltaban no más de veinte minutos para las nueve, hora en que la Feria sería abierta al público

—Y ahora, ¿adónde, preciosa? ¿Terminó la visita ferial?

—No, todavía no. Los delegados de Alemania Occidental se sentirían defraudados, si Brent Marvin, el ilustre visitante americano, que tanto hizo por ellos en cierto asunto relacionado con una organización criminal internacional, radicada en Viena... El delegado de Bonn, "herr" Schultz, insistió mucho en que visitaras su famoso Pabellón de la Electrónica. Es realmente sensacional. Todo un alarde de la técnica e imaginación. Entrando allí, uno cree cruzar las puertas mismas del futuro.

—He oído hablar de ese Pabellón de Alemania del Oeste. Es obra de los hermanos Weltz, ¿no es cierto?

—Sí. Lothar y Rolf Weltz. Los primeros investigadores en Electrónica de la Europa actual.

—Son algo más que eso —reflexionó Brent, arrugando el ceño—. Sobre Lothar, sé, en efecto, la clase de experto en Electrónica que es. Pero acerca de su hermano Rolf, he oído hablar de especialidades muy superiores..., como la Física nuclear, en la que

estuvo muchos años ocupado, especialmente después de salvar la vida en los campos de concentración nazis, y salir con bien de la persecución hitleriana.

—Física Nuclear... Rolf Weltz sigue ligado a esas investigaciones.

—Sí, he oído algo sobre eso. También se dice que proyectaba presentar algo relacionado con la antimateria, y una forma de crear esa antimateria con medios limitados y en proporción adecuada, de manera que ello sea factible en niveles asequibles al ser humano, con aplicación a medios industriales, y no teniendo que recurrir a enormes pilas creadoras de antimateria, que es la forma teóricamente más factible para las generaciones científicas actuales. Pero imagino que nada de eso se referirá o relacionará con el Pabellón de la Alemania Federal.

—En efecto —afirmó Rachel—. Nada de Física Nuclear se relaciona con el Pabellón de la Electrónica, presentado por el Gobierno de Bonn. Al menos, no en ése grado de aplicación. Se dice que muchos principios de física nuclear se utilizan como fundamento del aspecto y ambiente casi cósmico de ese pabellón. Pero nada más. Por supuesto, la antimateria sigue siendo una especie de utopía científica, incluso para los hermanos Weltz.

—Me sentiré más tranquilo visitando ese pabellón sin antimaterias a la vista —rió burlonamente Marvin, avanzando bajo los gallardetes, anuncios e indicadores vistosos de la gran feria, expresados en varios idiomas, bajo las enormes escrituras japonesas—. Me asusta un poco pensar siempre en que eso de la antimateria, al chocar con la propia materia de la que es factor negativo y opuesto, provoca lo que en teoría es un caos, un cataclismo de proporciones infinitas, con la destrucción en cadena de la materia misma. Andando, Rachel. Dentro de poco, los visitantes habituales invadirán la Feria. Y entonces, esto perderá su mayor encanto actual: la soledad, la calma, el silencio y la quietud que convierten la Feria toda en un delicioso retablo de bellos pabellones, de figuras herméticas, de escenografías y de obras de arte, ciencia o técnica, en galería que casi recuerda la inmovilista de los museos de cera.

—Brent, eres una especie de enigma viviente, una mezcla de cínico, filósofo y... no sé qué más.

—Posiblemente falte un pequeño aspecto de mi persona —sonrió

Brent—: el hombre de acción. Alguien que, por fortuna, no parece necesario en una Feria Mundial...

Los dos jóvenes, cogidos de la mano, avanzaron hacia el metálico, bruñido torreón de aluminio y vidrio, rematado por una cúpula plateada, fulgurante al sol del Pacífico. Una auténtica estructura del futuro, un palacio frío y rígido de ciencia y técnica, elevado en medio del pintoresquismo polícromo y exótico de un país diferente a todos, de un mundo oriental con el avance industrial de Occidente, o de lo que era buena muestra aquel certamen universal de Tokio, abierto a la luz, esplendor y fragancia de Asakusa Park, al norte de la inmensa capital nipona.

El interior del pabellón mantenía el ritmo y línea ultramodernos que aparecían ya en el exterior del recinto ferial dedicado a la República Federal Alemana y a sus dos científicos, los hermanos Wetz, especializados en Electrónica y en Física Nuclear, respectivamente.

Brent Marvin no descubrió gran cosa excepcional en los ingenios electrónicos y magnéticos, ni siquiera en la curiosa zona destinada a una serie de robots y deliciosas muñecas vivientes, que incluso servían "sandwiches", refrescos y latas de buena cerveza bávara. Tampoco los alardes electrónicos en color o relieve, aplicaciones todas de diversos medios de televisión en circuitos cerrados, y cosas similares. Los avances técnicos eran notables, pero a Marvin todo ello le dejaba un poco frío. Se inclinaba más por las bellezas naturales —y no era una alusión instintiva a su compañera Rachel —, que las proporcionadas por la técnica actual. Los panoramas marinos del Pabellón U.S.A. continuaban siéndole más gratos como visitante imparcial de un certamen mundial como aquél. Igual pensaba sobre los avances artísticos de los japoneses en cerámicas, tapicería, lacas, etcétera, en comparación con las novedades científicas de los hermanos Wetz.

A pesar de ello, revisó cuanto ofrecía el pabellón de Bonn. E incluso saludó con cierto entusiasmo al joven, fornido y prematuramente canoso profesor Lothar Wetz, tras cuyas gruesas gafas brillaban vivamente inquietos, sagaces ojos grises, ligeramente duros y fríos en la contemplación de personas y objetos.

—Es un placer conocerle profesor Wetz —manifestó—. Su fama creo que ha alcanzado distancias muy grandes, para que yo venga

ahora a repetírselo una vez más.

—Siempre halaga una cosa así —sonrió con afable cortesía el sabio alemán. Se inclinó, risueño, para añadir—: Especialmente, cuando una persona popular, un conocido miembro de la Oficina Federal de Investigación es quien lo menciona, eso resulta muy grato, la verdad. Y no crea que soy una persona asequible a la presunción. Sencillamente, soy humano y me gusta saber que mi humilde obra alcanza un nivel popular en el mundo. Como la alcanzará cualquier día la de mi hermano Rolf, pese a que su naturaleza es más propia de conocimiento en círculos especializados.

—¿La... antimateria controlada? —sugirió Brent suavemente.

—Eso es —los ojos de Lothar entornáronse, al tiempo que emitía un breve suspiro—. Una utopía casi, ¿no es cierto, señor Marvin? Sin embargo, yo he visto avances increíbles, asistiendo a los experimentos de mi hermano. No son nada definitivo, ciertamente. Pero es un camino. Un camino en el que yo tengo fe. Y Rolf, también.

—¿Tendrá la antimateria, si se logra en forma controlada, una aplicación práctica, digamos constructiva, profesor Weltz?

—Seguro, señor Marvin. La tendrá —afirmó Lothar—. De otro modo, mi hermano no seguiría adelante con ello. Se han creado ya demasiadas cosas para la autodestrucción del hombre, si bien hay que reconocer que no siempre fue por voluntad del creador del avance científico, sino por aplicación errónea o perversa de ese avance ya logrado.

—Sí, en eso tiene usted razón —convino Brent—. Pero cuando se logra algo en cualquier campo científico, se debe pensar siempre en la aplicación negativa de cualquier resultado.

—Eso, en todo caso, jamás es culpa del investigador, señor Marvin —replicó Weltz. Luego, con una sonrisa, añadió—: Pero ese no será jamás mi caso, puede creerlo. Lo que yo logro en investigaciones del campo electrónico, es muy diferente, y por regla general sólo tiene aplicaciones prácticas y positivas en mayor o menor grado. Ha visto usted antes a esas graciosas mujercitas artificiales, las muñecas que sirven emparedados y bebidas en el Robot-Bar de la entrada. Es pura diversión, claro. Hay aplicaciones más serias y convenientes de las ondas electromagnéticas,

controladas y dirigidas debidamente. Venga, por favor. Y usted también, señorita Ritter. Tenemos poco tiempo. Dentro de breves momentos, esto será un hormiguero de gentes aturcidas e ingenuas, que arrollarán materialmente el Robot-Bar y las cámaras de exhibición electrónica. Por aquí, por favor...

Rachel y Brent siguieron a su anfitrión, a través de una puerta abierta en un muro curvo, metálico, situado al fondo. Por él, asomaron a una especie de fantástico corredor de muros luminiscentes, curvados, y un techo cristalino, de colores cambiantes en forma de ondas irisadas, oscilantes, en constante fluctuación sobre las cabezas de los visitantes. El efecto de esos juegos de luz y color, en los rostros, era curioso y divertido.

Por el fantástico sendero, alcanzaron una escalera mecánica, de escasos tramos, cuyo movimiento lento y seguro les depositó en una plataforma superior, ante una puerta rotulada: "PROHIBIDO EL PASO. DEPENDENCIAS TÉCNICAS".

Weltz se hizo a un lado. Les hizo pasar. Luego, les siguió, cerrando tras de sí sin necesidad de tocar la puerta. Esta se ajustó suave, silenciosa, por procedimientos eléctricos.

Se hallaban en una cámara parecida a un pequeño cinematógrafo, de muros tapizados con cortinajes azul marino, con dos filas de butacas alineadas frente a una reducida pantalla. No se veía proyector alguno, ni cabina cinematográfica, pero sí una especie de orificio circular, diminuto, en la pared opuesta a la pantalla. Eso era todo. A una indicación de Lothar Weltz, se acomodaron ambos en la primera de las dos filas de butacas. Weltz se encaminó a un ángulo de la sala. Abrió una tapa metálica en el muro. Sonrió, ante una especie de tablero de mandos, provisto de una serie de botones de diversos colores. Luego, tomó dos casquetes de un plástico metalizado, color aluminio, provisto de varios contactos o botones. Aplicó los casquetes a las cabezas de Rachel y Brent.

—Acomódense confortablemente —pidió—. Cierren sus ojos si lo prefieren, y concéntrense. No piensen en nada. Esperen unos instantes en esa forma. Por favor, nada de pensar ni moverse...

Intrigados, Rachel y Brent se miraron con cierto aire risueño. Se acomodaron del modo que les pedía el científico alemán. Luego, un zumbido se elevó en la pequeña sala. Un zumbido tenue,

adormecedor casi, que brotaba de un lugar inconcreto, desde el momento mismo en que pulsó Weltz un botón blanco, en el cuadro oculto en el muro.

—Ahora... —musitó la voz de Weltz, sin entonación—. Piense usted algo, señor Marvin. Piense, por favor... ¡Piense! Pero una sola cosa, algo muy concreto...

Marvin lo intentó. Pensó en algo concreto, procurando alejar cualquier otra idea. Pensó en su oficina de San Francisco, en la Delegación Federal de California...

—No deje de pensar en lo mismo, Marvin —le alentó Weltz—. Y mire... ¡Mire a la pantalla, por favor!...

Brent lo hizo. Rachel, sorprendida, emitió un gritito de asombro. Pero mayor era el asombro de Brent en esos momentos, al ver reproducida, como en una imagen cinematográfica, sobre la pantalla, la oficina en la que él estaba pensando. La oficina de San Francisco, tal como era en la realidad, aunque ligeramente borrosa, sin detalles definidos en algunos puntos. Y él, él mismo, caminando por ella como lo hacía cada mañana al llegar... hacia su mesa de trabajo, hacia su asiento habitual.

Atónito, se preguntó cómo podía Weltz hacer semejante cosa. Rápidamente, se borró la imagen en el muro, como un televisor averiado, que de repente ofrece líneas indefinidas en la pantalla. Luego, esas líneas volvieron a tomar forma. Pero ya no se veía la Oficina Federal californiana. Ni a Brent tampoco. Aparecía el pabellón alemán, la figura de Weltz...

—Ya basta —pulsó un resorte Weltz, y se borró todo en la pantallita—. Eso le habrá demostrado algo, Marvin. Los pensamientos PUEDEN TOMAR FORMA, como una imagen de televisión, emitida por ondas hertzianas normales.

—Imposible —musitó Brent—. No se pueden captar ideas... y darles forma real. Sería como penetrar en la dimensión sin formas de la mente humana. Algo alucinante, espantoso, profesor Weltz...

—Es alucinante, pero no está totalmente logrado. Sólo experimento en algo: la acción de una serie de ondas electrónicas sobre el cerebro humano, emitiendo sus impulsos en forma de líneas o puntos de luz y sombra, como la imagen de TV. Cobran forma rudimentaria e imperfecta, como ve, cuando es a escasa distancia del sujeto objeto del experimento electromagnético.

—¿Y si el que piensa o emite pensamientos está muy distante?

—Entonces, mi ingenio, actualmente, sólo capta reflejos, luces inconcretas, como un Morse imperfecto. Pero quizá con el tiempo puedan traducirse pensamientos lejanos. Especialmente si esos pensamientos tienen intensidad, por ser emitidos por alguien con dotes telepáticas, pongamos por caso, dando por sentado que la telepatía exista.

—Me gustaría ver mis pensamientos ahí —dijo Rachel de pronto, con enorme curiosidad femenina, señalando la pantallita.

Sonrió irónicamente Weltz. Y pulsó de nuevo el botón blanco. Se elevó el zumbido monocorde y tenue en la distancia.

En la pantalla del muro, iluminado de nuevo por líneas inciertas y cambiantes, se formó una escena nebulosa. Los ojos asombrados de Brent Marvin contemplaron su propia figura... en brazos de Rachel Ritter. Y ambos se unían en un largo, profundo beso que ligaba estrechamente sus bocas...

—Cielos, pues es cierto... —gimió Rachel, enrojeciendo vivamente.

Weltz rió entre dientes, cerrando el botón nuevamente. Se apagaron la luz e imagen en la pantalla. Sarcástico, Brent giró la cabeza, contemplando a su vecina de asiento.

—¿Era eso lo que estabas pensando, Rachel? —indagó.

Ella le miró abiertamente, con repentina osadía. Y afirmó:

—Sí, eso era, Brent...

Weltz y el agente americano cambiaron una mirada irónica, sin hacer comentarios. Luego, en el exterior, se percibió un rumor creciente, como si una manada de elefantes penetrara a saco en la Feria.

—Se acabó la paz —musitó el investigador alemán—. Los visitantes invaden ya la Feria...

Brent y Rachel se quitaban ya los casquetes metálicos aplicados a sus cabezas para restablecer el contacto magnético con los impulsos de sus cerebros. Ambos parecían realmente impresionados del resultado de aquel experimento electrónico llevado a cabo en el pabellón de la República Federal Alemana por Lothar Weltz, uno de sus mejores expertos en Electrónica.

Salieron del pabellón, tras despedirse del ingeniero de Bonn. Se desviaron para no verse inmersos en la primera oleada de visitantes

que invadía ruidosamente las grandes avenidas del certamen internacional de Tokio.

Fue cerca ya de la salida, cuando la gran instalación de altavoces del recinto ferial, comenzó a emitir su mensaje urgente a todos los ámbitos del certamen:

—Atención, atención. Llamada de urgencia. Llamada de urgencia. Se ruega al visitante de la Feria, Brent Marvin, se presente urgentemente en la puerta seis del recinto de la Feria. Se ruega a Brent Marvin, de nacionalidad norteamericana, que se persone a la máxima urgencia en dicha puerta seis del recinto ferial, para un asunto de su interés. Repetimos. Atención, atención...

No hacía falta la insistencia. Ya Brent, tras arrugar levemente el ceño, tomó de la mano a su compañera, avanzando con largas y rápidas zancadas hacia el punto señalado en el mensaje.

—Brent, ¿qué crees que pueda ser esa llamada? —indagó Rachel, sorprendida.

—No lo sé. Pero sospecho que se ha terminado para mí la vida apacible, Rachel querida... —suspiró Marvin, sombrío.

CAPITULO 4

Stuart Ritter paladeó lentamente el Martini recién preparado. Luego, deslizó su mirada desde la delicada silueta de su hija Rachel, ataviada con el vaporoso, bello y estilizado traje de noche rosa, hasta el "smoking" impecable, azul marino, de Brent Marvin. Las luces tamizadas, daban una aureola dorada, tenue, casi fantasmal, a los biombos laqueados, a las alfombras, a los paneles de papel estampado. Y allá, al fondo, Tokio por la noche. Un Tokio radiante, luminoso, increíble en su fulgor espléndido, como una gema colosal e iridiscente, emitiendo por cada una de sus infinitas facetas el deslumbrante reflejo de mil colores.

—Lo siento, Brent —murmuró el diplomático americano—. Lo siento de veras.

Marvin hizo un leve encogimiento de hombros. Hundió una mano en el bolsillo del pantalón, y pareció contemplar al trasluz, con cierto interés, la cereza que flotaba en el combinado que sostenía su mano diestra.

—Sí, Stuart. Yo también lo siento —confesó—. Me gusta Tokio. Y me gusta vuestra compañía.

Rachel no miraba a ninguno. Parecía una muchacha distinta radicalmente a la risueña visitante de la Feria de Asakusa Park. Como si ya no existieran motivos de júbilo en la noche radiante de la capital nipona.

—Supongo que sería inútil que yo telefonease al "viejo" y le dijese... —comenzó Stuart Ritter, siendo interrumpido por un gesto vivaz de Brent.

—Por completo inútil —convino Brent—. Al "viejo" no se le convence en casos similares.

—Sí, lo temía —meneó la cabeza el padre de Rachel con aire pesimista—. ¿Cuándo será la partida, Brent?

—Esta misma mañana, a primera hora. Un transporte militar

sale de Tokio a las siete y treinta minutos. Lo tomaré. Es más rápido que la línea regular con San Francisco, que tiene su salida cerca de mediodía...

Rachel giró la cabeza, caminó hacia la terracita asomada al jardín japonés, y se apoyó en la barandilla, como sumiéndose en las aromáticas penumbras de la noche. Acaso una humedad leve empapó sus ojos de forma furtiva y dolorida. Pero eso, ni Stuart Ritter ni Brent pudieron advertirlo. El diplomático rodeó con su brazo los hombros de Marvin. Ambos hombres dieron un breve paseo hasta el estrecho y coquetón pasillo de estilo japonés.

—¿Es algo grave, Brent? —se interesó Ritter.

—Muy grave, sí —convino Marvin.

—¿Confidencial?

—Estrictamente confidencial, sí —afirmó Brent.

—¿Te retendrá mucho tiempo lejos del Japón?

—Eso nunca puede saberse, Stuart. Puede durar una semana... o un año. De cualquier modo, insisto en que es cosa grave. Muy grave, ya te dije.

—¿Peligrosa?

—Posiblemente sí. Siempre hay peligro en estas cosas.

—No me han informado nada a mí. Espero que ello signifique que no afecta en nada a este país, a mi labor en Asia...

—No podría asegurarlo, Stuart. Cuando he hablado con la Oficina Federal, me han dicho que afecta en parte a las regiones del Pacífico, y que eso podía citarlo aquí a mis amigos sin cometer ninguna imprudencia por ello. Pero eso es todo. Me es imposible informarte de más. Lo que sí mencionaron, es que en cuanto juzguen, una vez estudiada la cuestión, si el caso puede afectar a nuestras acciones en el sudeste asiático, te informarán inmediatamente con la amplitud precisa. Mientras eso se hace, creen oportuno informar al mínimo posible de personas, sobre lo que ocurre o temen que ocurra.

—Sí, entiendo la prudencia federal en ciertos asuntos de índole internacional, Brent. Sólo deseo que el caso te distraiga lo menos posible, y que pronto estés de vuelta en Tokio. Sabes que Rachel se encuentra feliz a tu lado... Y yo soy feliz si veo contenta a mi hija. Por otro lado, no es frecuente tenerte aquí, libre de tarea.

—Es lo malo de que le consideren a uno de cierta eficiencia.

Siempre se acuerdan de Brent Marvin cuando hay que sacar las castañas de un fuego demasiado vivo...

Ambos se echaron a reír de buena gana. Rachel se volvió entonces hacia ellos, con lentitud. Sus ojos brillaban, pero no podía saberse si por un velo emocionado de humedad, o simplemente porque los farolillos multicolores eran propicios a dar reflejos vacilantes en unas pupilas tan bellas y luminosas como las de Rachel Ritter.

—Creo que podemos pasar a cenar, papá —indicó la joven. Su mirada turbada se fijó en el rostro de Brent. Intentó una tímida sonrisa dulce-. Es posible que después tengas que retirarte pronto, para descansar. Tu viaje será a hora muy temprana, y la fatiga puede...

—Tonterías —cortó Marvin con suavidad-. Cuando hayamos cenado, Rachel, iremos tú y yo a bailar. Conozco un local, el "Kabuki Club", en Ginza Street, donde podremos despedirnos hasta muy pronto.

—Eres encantador, Brent —los ojos de ella brillaron, ahora con una vivacidad renovada, casi con júbilo—. Pero acaso me engañas un poco. La despedida puede ser hasta dentro de mucho tiempo.

—O hasta nunca —rió apagadamente Brent-. En mi trabajo, nunca se sabe si uno va a regresar. Pero eso es lo que no debe pensarse, pequeña. Nunca se debe pensar en lo peor. Y regresar dentro de mucho tiempo a Tokio, tardar en verte otra vez..., sería lo peor que podría sucederme, estate segura...

—Mi querido Brent, creo que cuando Weltz reveló mis pensamientos, lo hizo con cierta timidez. Como si censurase mis impulsos —se precipitó sobre Marvin, le rodeó con sus brazos, y buscó su boca, dándole un largo beso. Al separarse, reía. Su padre había pasado ya discretamente al comedor—. Creo que estoy loca por ti, Brent. Y sin esperanzas de que tú te enamores jamás de mí...

Marvin no dijo nada. Limpió el "rouge" de sus labios, contempló las palpitaciones impulsivas, turbulentas, del agresivo seno de la joven. Luego, sonriendo, tomó a Rachel del brazo y rompió la marcha hacia el comedor.

—Vamos —murmuró—. Tal vez alguna vez pueda contestarte a eso. Cuando vuelva a Tokio. Ahora, estoy preocupado. Es preferible no pensar en ti... y en tus pensamientos.

Rachel le miró suavemente, de soslayo. Insinuó:

—¿Es... por lo que te han comunicado desde Washington?

—Sí, es por eso —asintió gravemente.

—¿Crees que será difícil lo que te espera?

—Nunca se sabe... Es algo que todavía no está claro, Rachel. Puede ser un asunto rutinario. O puede ser algo realmente serio. En San Francisco tendré la respuesta, en cuanto llegue. Me esperan allí para informarme ampliamente sobre lo sucedido. Se relaciona directamente con la seguridad nacional. Si es una falsa alarma, no habrá ocurrido nada. Si no lo es, y lo que teme la Oficina Federal es cierto..., el asunto será difícil. Y peligroso, Rachel.

—Peligroso... —se estremeció ella—. Brent, te ruego que te cuides. Cuídate mucho, ¿entiendes? Aunque no sientas por mí más que simpatía, y el natural atractivo que cualquier muchacha joven y no mal parecida pueda provocar en ti... cuídate. Sufriré mucho, mientras sé que tu labor como agente especial te tiene mezclado en problemas que encierran algún riesgo para ti...

Brent la contempló con ternura. Sonrió, afirmando despacio con su cabeza. Antes de pasar con ella al comedor japonés de la residencia de los Ritter en Tokio, asintió con tono sincero:

—Sí, Rachel. Estate segura de que me cuidaré. Soy duro de pelar. No me dejo vencer fácilmente por nadie. Gracias a eso sigo con vida actualmente. Y espero continuar así. Te prometo que volveré a Tokio. Volveré, Rachel... Tienes mí palabra.

Entraron en el comedor. Ella no dijo nada. Parecía tener un miedo profundo e invencible a la posibilidad de que alguna fatalidad irremediable, superior a la voluntad de los hombres, pudiese impedir que Brent Marvin cumpliera su promesa recién formulada.

Pero el agente del F.B.I., sin embargo, parecía entretanto lleno de seguridad en sí mismo y en su azaroso destino futuro.

* * *

El reactor militar de las Fuerzas Navales Norteamericanas del sudeste de Asia, tomó tierra en San Francisco a media tarde. El viaje había sido cómodo y apetecible, deteniéndose solamente lo imprescindible en un aeródromo militar de una base isleña del Pacífico.

Brent Marvin bajó del aparato en la neblinosa tarde, cálida y

ligeramente bochornosa, con su pequeña valija negra en la mano, el sobretodo al brazo y el sombrero flexible sobre sus cabellos que agitaba el aire de la planicie destinada a aeropuerto militar en California, no lejos de la zona donde se hallaban los accesos a las instalaciones civiles aéreas de la gran ciudad del Pacífico.

Un "jeep" militar, de distintivo y placas de matrículas especiales, aguardaba al borde de la pista de aterrizaje. Desde allí, un hombre de sobretodo azul oscuro, muy ligero, y sombrero negro, agitó un brazo, llamando la atención de Brent. Este reconoció en seguida al hombre como a Duncan Harrison, su compañero en las tareas metropolitanas de la Oficina Federal en Frisco.

Acudió con rápida zancada hasta el lugar. Se estrecharon cálidamente las manos ambos federales. Duncan le hizo subir al "jeep" acomodándose él delante, con un chófer uniformado, con galones de sargento de las Fuerzas Armadas.

—Te presento al coronel Spencer Davies —señaló Duncan, girando la cabeza y señalando al hombre acomodado en el asiento junto al que se acomodaba Marvin—. Del servicio de Inteligencia Militar del Pentágono, Brent.

—Es un placer —dijo cortésmente Brent, estrechando la mano a su compañero de asiento.

—Me han hablado mucho de usted, Marvin, en el Pentágono y en el F.B.I. —sonrió con cordialidad el militar, hombre alto y recio, de cabello canoso, tez bronceada y ojos muy azules, vestido de paisano, pero con un distintivo del Pentágono en la solapa de su americana azul oscura—. Puedo asegurarle, sin cortesías, que me agrada mucho conocerle en persona, muchacho.

—Gracias, señor —miró alternativamente al coronel Davies y a Duncan Harrison, en tanto el sargento ponía en marcha el "jeep" a través de la pista de aterrizaje, hacia las alambradas de sus límites—. ¿Podemos hablar con toda confianza aquí?

—Total —asintió Duncan—. El coronel es el hombre encargado de investigar esto, por orden del Pentágono, en colaboración con nosotros y con la C.I.A. El sargento Forrest, es el ayudante del coronel, y viaja en su compañía, conociendo el asunto tan a fondo como todos nosotros. Dentro del "jeep" no hay micrófonos ocultos. Y si los hubiera, un zumbador especial, de vibración inapreciable al oído humano, pero muy sensiblemente captada por cualquier

mecanismo eléctrico, impediría que un escucha entendiera una sola palabra de lo que aquí se diga.

—Todas las precauciones tomadas... —comentó entre dientes Brent—. Es serio el caso, ¿no es cierto?

—Muy serio, Marvin —afirmó rotundamente el coronel Davies. Su expresión era taciturna, de ostensible preocupación—. Tremendamente serio para todos.

—¿Se ha confirmado...?

—Se ha confirmado todo, sí —afirmó gravemente Duncan—. Sin lugar a dudas.

Marvin resopló, echándose ¿tras en el asiento. El "jeep" aumentaba su velocidad, camino de la ciudad. Las luces empezaban a salpicar la campiña y los accesos al aeródromo militar, a causa de la deficiente claridad de la tarde. En la distancia, San Francisco empezaba a convertirse en un ascua de color y de luz.

—Secretos militares atómicos... —comentó entre dientes—. Robados por espías desconocidos e inidentificados, de la principal Base ultra secreta de los Estados Unidos. Eso es lo que me dijeron en Tokio. ¿Es esa la situación?

—Exactamente, sí —confirmó roncamente el coronel Davies—. Hasta ahora, han sido hasta tres cuestiones del máximo secreto y de enorme importancia estratégica, las que han sido robadas por agentes enemigos no identificados aún. A saber: la situación de los más poderosos "misiles" en Europa, la composición de la última cabeza nuclear experimentada en el desierto de Nevada hace dos meses... y ahora, últimamente, para confirmar esos temores que sentíamos de que alguien está filtrándose en los secretos básicos de la estrategia nuclear de los Estados Unidos, tenemos la última acción indiscutible de los misteriosos espías: la posesión del reactor atómico de un modelo de avión bombardero capaz de llevar una serie de bombas de hidrógeno para lanzar con matemática precisión, sin necesidad de piloto ni bombardero especializado. Ese reactor, y sus sistemas autónomos de control propio, está ya en manos enemigas, con lo que su utilidad resulta completamente nula para cualquier circunstancia, ya que será como un juego de niños, para cualquier experto en la materia, crear la anti arma o medio defensivo, que inutilice a dicho avión. E incluso existiría el peligro de que ese aparato, puesto en marcha contra un país enemigo

determinado, fuese accionado posteriormente, a control remoto, por ese país que había de ser la presunta víctima, para enviarlo contra nosotros mismos, con la táctica del "boomerang" llevada a extremos desastrosos. ¿Se da cuenta del alcance de esos robos por tanto, amigo Marvin?

—Muy exacta, sí, coronel —afirmó Brent, sombrío—. ¿Existen pruebas contundentes de que dichos secretos fueron robados por enemigos de los Estados Unidos? ¿Cómo han podido enterarse de que los mismos han sido sacados fuera de la zona ultra secreta destinada a su investigación y ensayo?

—Del modo más cruel que pueden saberse tales cosas, amigo mío —suspiró Duncan, meneando la cabeza con pesimismo—. Nuestros servicios de información en determinados países, han observado agitación en los centros experimentales y en los círculos bien informados sobre el progreso técnico nuclear. Las averiguaciones han conducido a la penosa confirmación de que, punto por punto, los secretos nucleares norteamericanos más recientes y de posible eficacia futura para salvaguardar la seguridad del país, están ya inutilizados prácticamente, por poseerlos ellos con todo detalle, adquiridos de forma misteriosa. La respuesta es razonable, y no cabe más que una: agentes secretos infiltrados en el país que tienen acceso a los más confidenciales datos e informes del "top secret" técnico y militar.

—¿En cuántas Bases del país se ha observado esa infiltración? —preguntó suavemente Brent.

La respuesta se la dio vivamente la voz del coronel Davies, con una prontitud que indicaba a ciencia cierta que el militar había estado aguardando desde el principio esa interrogante de Brent Marvin:

—Eso es lo curioso y lo sorprendente, Marvin. La infiltración de secretos atómicos al exterior, se ha producido solamente en una Base nuclear americana. En la más secreta, en la más vigilada, en la que más difícil resulta, por no decir totalmente imposible, introducirse para espiar. Y, sobre todo, de donde en modo alguno puede salir un plano, un código, un mapa, un microfilm ni nada parecido. Le hablo de la Base Ultra-Secreta R-USA-111, cuyo emplazamiento incluso es ignorado hasta por los técnicos y expertos que trabajan allí, Base a la que fueron conducidos sin permitirles

ver el camino, lugar, Estado o Condado en que se halla, dentro de vehículos herméticamente cegados en sus huecos y ventanillas. Base, por otro lado, de donde es humanamente IMPOSIBLE sacar nada, ni siquiera por medios ingeniosísimos, ya que el sistema de registro, detección y control es riguroso y lo ha previsto todo.

—¿Todo? —había leve ironía en la forma de preguntarlo Marvin.

—Bueno, casi todo —convino amargamente el coronel Spencer Davies, inclinando su canosa cabeza—. Usted gana, Marvin. Hemos fallado en algo, pero me gustaría saber en qué. Es materialmente imposible filtrar allí a un enemigo del país. Todo el personal está garantizado, es irreprochable, moral y patrióticamente...

—Nunca se puede saber eso a ciencia cierta. Hay quien sabe mentir durante toda una vida, ocultar su rostro auténtico tiras una máscara perfecta. El espía perfecto es aquel que sabe engañar a todos sus adversarios y aparece siempre como alguien realmente al margen de toda posible sospecha.

—Sí, hemos acabado por admitir eso. Parece obvio que alguien, allí dentro, fue lo suficientemente listo como para engañarnos a todos, incluido al Servicio de Inteligencia del Ejército, la Sección de Seguridad del F.B.I. y el Departamento de Informes. Pero, de todos modos, Marvin, queda algo inamovible en pie: NADIE HA ABANDONADO ESA BASE NI HA SALIDO DE ELLA. Y, sin embargo, los secretos más preciados han salido de la misma, con destino al enemigo posible del futuro...

Hubo un silencio en el "jeep". Marvin estaba reflexionando sobre esa insólita forma de escurrirse las confidencias militares de una investigación ultra secreta. Y tampoco veía posibilidad alguna, a simple vista, examinando el enigma.

—Bien —habló finalmente—. Investigaremos la cuestión, pero... ¿por dónde empezaremos, coronel?

El militar se limitó a encogerse de hombros, para terminar hablando con voz firme, llena de energía y fría decisión:

—Empezaremos por donde sea preciso, Marvin. No habrá freno ni límite para nuestros actos, esté seguro. Y desde luego, tenemos que terminar en algo concreto: la captura del traidor o traidores. Y la destrucción de su método de espionaje, sea éste cual sea, aunque maldito si puede entender que exista medio humano de robar esos

secretos militares...

* * *

El estudio de la cuestión no había puesto en claro cosa alguna.

Brent Marvin terminó de leer las anotaciones e informes que obraban en poder del F.B.I. Luego, dio un repaso a una serie de nombres en dos columnas. Muchos de ellos, nada le decían. Los otros, pertenecían a famosos e intachables científicos, técnicos e investigadores, de quienes no resultaba fácil albergar sospecha alguna. Todos ellos, formaban el personal adscrito a la Base ultra secreta denominada R-USA-111, situada "en un lugar de los Estados Unidos".

Su mirada se cruzó alternativamente con la de Duncan Harrison, el coronel Davies y su jefe de la Oficina Federal de Investigación, Delegación Metropolitana de San Francisco, el inspector federal Lewis Lanning, cariñosamente apodado "El Viejo" por casi todos sus hombres de la Oficina.

—No parece fácil entenderlo —confesó Brent—. Sólo los servicios de aprovisionamiento y las patrullas de vigilancia militar de la zona han entrado y salido de la Base en un período de dos meses. ¿Investigaron eso?

—Concienzudamente, sí. Ningún miembro de ese personal militar o de avituallamiento y servicios especiales se acerca para nada al "Pabellón Z", donde trabajan los expertos y científicos. No tienen acceso a dependencia alguna donde se alberguen secretos de tipo ninguno. Tampoco tiene contacto con el personal especializado. En suma, no puede haber nada por ese lado, Marvin.

—Los secretos robados, no han sido nunca movidos de la Base...

—Nunca. Estaban en estudio, en experimentación o en períodos de ensayos. No se traslada jamás esa clase de elementos, sean ya logrados o en simple proyecto, esquema o plano, cifras o apuntes, a sitio alguno de su correspondiente Base. No, Marvin. Quien se apoderó de ellos tuvo que hacerlo allí dentro. Y sacarles de alguna forma de la Base. Aunque, por todos los diablos, que no sé cómo pudo ello ser materialmente factible para nadie, a menos que haya gente invisible, o exista la magia...

—Un espía invisible... y un código invisible —rió entre dientes Marvin—. Sería fantástico. Pero no creo que país alguno haya descubierto al fin la manera de tornar en no visibles a los seres

humanos. De ser así, ganarían cualquier batalla sin necesidad de disparar un solo tiro, estén seguros de ello. Y les sobraría toda clase de ingenios nucleares, de armas destructoras o de secretos ajenos.

—Brent, todos hemos puesto nuestra confianza en usted —habló pacientemente el inspector federal Lewis Lanning—. Esperamos que pueda sernos útil. Y, por el momento, sólo existe una forma de comenzar la investigación.

—¿Cuál es, señor?

—La más lógica y razonable. El principio natural de toda pesquisa: ir al lugar de los hechos, investigar sobre el terreno mismo en que el misterio tiene lugar...

—¿La Base Ultra secreta R-USA-111?

—Sí, exactamente, Marvin: la Base R-USA-111... Allí va a ser usted enviado ahora, con la misión de investigar lo que sucede dentro. Al mismo tiempo, se le hará depositario de un secreto militar de vital importancia. Un secreto de apariencia decisiva para la estrategia mundial de los Estados Unidos, la NATO y la SEATO. Un secreto realmente precioso para cualquier agente enemigo, y desastroso para nuestra seguridad nacional y la de nuestros aliados y países amigos, si llegara a ser robado y entregado a cualquier potencia teóricamente enemiga de Norteamérica...

Marvin pestañeó, perplejo.

—¿Y yo voy a ser el depositario de semejante cosa? —se extrañó el joven agente federal—. Me parece demasiado arriesgado, de cualquier forma que se mire.

—Es la verdad, Marvin —sonrió el coronel Davies—. Usted ha comprendido que eso sería excesivamente peligroso. Pero los agentes enemigos no lo entenderán así. Se tragarán el anzuelo, con cebo y todo. Creerán realmente que ese secreto puesto en sus manos es de vital importancia. Y si todo es como nosotros tememos..., el secreto será robado de alguna forma. Y enviado al extranjero. Nuestros agentes en los países interesados nos tendrán inmediatamente al corriente de lo que allí suceda. Entonces, Marvin, sabremos que, realmente, algo sucede en esa Base. Estaremos plenamente seguros de que hay un traidor, y de que ha ideado un sistema, cualquiera que sea, de transmitir conocimientos al exterior. Para ello, amigo mío, hemos planeado y llevado cuidadosamente a la práctica un tremendo secreto militar... que no

vale absolutamente nada. Y que es solamente la trampa, el cebo para que alguien pique, dando su primer paso en falso hacia su propia hecatombe...

Brent Marvin asintió. Entendía el plan. Y esperaba que diese algún resultado positivo, aunque no se sentía demasiado convencido de ello.

—Interpretaré del mejor modo posible mi papel en la farsa —prometió—. Estoy dispuesto a salir en cuanto me sea ordenado, rumbo a la Base Ultra secreta R-USA-111.

CAPITULO 5

El estricto secreto se mantuvo también esta vez. Brent Marvin, agente especial del F.B.I., destinado a la Base Ultra secreta R-USA-111, en "un lugar indeterminado de los Estados Unidos", aunque mentalmente Brent lo había ubicado en el gran rectángulo formado por los Estados de Utah, Colorado, Arizona y Nuevo México, a juzgar por las horas de vuelo, la posible ruta seguida —en avión con las ventanillas cegadas herméticamente, eso sí, y sin permitirse ojeadas a brújulas o indicador alguno—, llegó al acceso a la Base subterránea denominada con la clave R-USA-111, sin tener la menor idea de la exacta posición geográfica en que se encontraba, dentro de aquel automóvil que le condujera desde un aeródromo oscuro, indefinido, en plena noche, hasta el punto de destino de su viaje.

El coche, en un determinado punto, se detuvo y pasó alguna revisión severa. Después, Brent notó que descendían por alguna rampa pronunciada, y después se detenían de nuevo, para ser transportados en algo que zumbaba, y que descendía lenta, pausadamente. Un ascensor o montacargas hacia las entrañas de la tierra, pensó Brent para sí, con facilidad. Pero sin que ello le aclarase nada respecto al máximo secreto que rodeaba la situación y la naturaleza de la base de experimentación americana en suelo nacional.

Cuando abandonó el automóvil, se hallaba en una especie de aparcamiento subterráneo, crudamente iluminado con tubos fluorescentes en los techos grises y lisos. Una patrulla militar, silenciosa y rígida, les llevó a él y a Duncan Harrison hasta otro ascensor individual, donde fueron embarcados, en solitario, poniendo los soldados en marcha el vehículo, en sentido descendente de nuevo.

Fue breve el viaje. Se abrió la puerta. Estaban en una cámara

especial, un apartamento reducido, provisto de dos habitaciones, un gabinete "living", los servicios sanitarios correspondientes, mueblebar, radio y tocadiscos, televisión y discoteca, mueble con revistas y publicaciones y amueblado en forma confortable. La temperatura ambiente y el confort eran irreprochables de todo punto.

—Nuestro alojamiento —señaló Duncan, con humorismo—. Como en los relatos de ciencia-ficción, Brent.

—Todo mecánico, perfecto, frío y aséptico —comentó a su vez Marvin—. Por fortuna estamos entre amigos. Si esto fuese un lugar desconocido, sólo faltaría el perverso enemigo que quiere ser amo del mundo, o cosa parecida...

Ambos rieron de buena gana, adentrándose en el pequeño departamento. Sobre una mesita de centro, una tarjeta de cartulina azul aparecía visiblemente situada. Se inclinó Brent. Estaba mecanografiada, con un texto en clave, escrito conforme al código previamente señalado por el F.B.I. y el Pentágono para cualquier comunicado confidencial.

Brent tradujo mentalmente sobre la marcha:

"Este es su alojamiento mientras permanezcan en la Base. Tomen uniformes del armario ropero. Serán, ante el personal técnico y científico del Pabellón Z, el mayor Brent Marvin y el teniente Duncan Harrison, de las Fuerzas Armadas, en misión especial del Pentágono. Nadie debe saber ahí que pertenecen a la Oficina Federal. Saludos: Lanning."

—Andando —habló Duncan, cuando hubo traducido a su vez el texto—. Vamos a vestirnos como corresponde a los dos arrogantes y disciplinados oficiales del Ejército que somos ambos, mi querido mayor Marvin.

Le guiñó un ojo, burlón, y Brent sonrió de buena gana, dirigiéndose al armario ropero empotrado en el muro, donde sus superiores, previsores en todo, les habían dispuesto ya toda clase de prendas necesarias.

—Ahora, que Dios nos ayude —suspiró Marvin, tomando su uniforme de mayor de las Fuerzas Armadas, con el distintivo especial de los miembros asignados al Pentágono—. Y que nuestro valioso secreto militar no pase a manos enemigas...

Esta vez, fue Brent quien hizo un guiño significativo a Duncan, y su rubio compañero se limitó a sonreír, enarcando las cejas.

Poco después, eran dos perfectos militares los que se contemplaban ante el espejo, retocando los más nimios detalles de su apariencia personal.

Un interfono, disimulado en algún muro, habló repentinamente:

—Bienvenidos a la Base R-USA-111, mayor Marvin. Y usted también, teniente Harrison. Serán recibidos inmediatamente por el Consejo Rector del Pabellón Experimental Z, con el profesor Benedict Prather al frente. Durante la cena, conocerán ustedes a los demás miembros más importantes del Cuerpo de Investigación de esta Base, y conferenciarán con ellos, de acuerdo con las instrucciones emitidas por el Pentágono, caballeros.

No se dijo más por los micrófonos del sistema de comunicación interior de la Base. Marvin y Duncan se miraron un instante, pensativos.

—La tarea está a punto de comenzar —comentó significativamente Brent, con un suspiro.

Y Duncan Harrison se limitó a asentir con un movimiento de cabeza.

* * *

La mesa estaba bien servida. En realidad, incluso la decoración había sido cuidada en el comedor, de forma que cualquiera de los comensales pudiese olvidar momentáneamente el encierro forzoso en que se hallaba, con su inevitable sensación de agobio, de claustrofobia incluso.

Cortinajes, cuadros, muebles y toda clase de elementos, incluso dos ventanas fingidas, con vidrieras traslúcidas y una claridad azulada, como de día real a plena luz, formaban la ilusión de que aquella estancia, situada a muchas yardas bajo el nivel del suelo, se hallaba en cualquier residencia normal, sin la tremenda masa de tierra encima, aprisionando a los hombres en la secreta base nuclear R-USA-111.

Duncan Harrison y Brent Marvin, fueron presentados a los restantes comensales por un alto oficial militar de la Base, a cuyo cargo corría la custodia y vigilancia personal de los prohombres técnicos o científicos de la Base, en su punto vital denominado Pabellón Z.

El militar era el general Edwin Fuller, de Estado Mayor. Los comensales, por orden de importancia dentro de la Base, tampoco

podían ser definidos correctamente como "prohombres"..., porque había una mujer.

La mujer era también del cuerpo científico de investigación, pese a su juventud y aire atractivo, que iba contra el tópico que sitúa a la investigadora de sexo femenino en una especie de casilla de escasa seducción y encanto. Se llamaba Stella Barnes, tenía cabello muy oscuro, peinado liso, muy tirante hacia atrás, y rematado sobre la nuca por un moño muy cuidado. Era más meritorio su atractivo por esa misma razón, y por el hecho de no llevar apenas maquillaje sobre el óvalo correcto de su rostro. Brent le calculó unos treinta y dos años, y no creía equivocarse en absoluto.

En cuanto a los demás componentes del grupo, eran el profesor Benedict Prather, director del grupo investigador allí presente, y los doctores Terence Taylor y Sam Leyton, especializados todos en Física Nuclear.

—Caballeros, espero que gocen de las mayores comodidades posibles en este lugar —les deseó con tono amable el profesor Prather—. Ahora, cenemos todos juntos, y tiempo habrá después de discutir las cuestiones técnicas que aquí les han traído.

La cena se inició. El ambiente era cordial, y los investigadores no le parecieron a Brent nada fríos ni hostiles pese a su condición científica y a la naturaleza de su misión en el subsuelo americano, cumpliendo un difícil y decisivo programa para la seguridad del país.

El profesor Prather, enjuto, grave, de cabellos muy blancos y nariz halconada, era un buen conversador, de ostensible cultura. La profesora Barnes hablaba poco, pero su voz era suave, dulce y profunda, con cierta nota confidencial e íntima en el tono. El doctor Taylor, grueso y rubicundo, de muy rubio cabello, tenía propensión a los chistes, más o menos actualizados, y se reía estrepitosamente de sus propias humoradas cuando los demás no encontraban motivo suficiente para la hilaridad. El doctor Sam Leyton, taciturno y pensativo, perdida su mirada azul tras los cristales increíblemente gruesos de sus gafas, que daban a sus ojos una dimensión sorprendente, intervenía rara vez en la conversación, se expresaba con monosílabos, y ni siquiera esbozaba una sonrisa ante un comentario jocoso o una de las bromas habituales de Taylor.

La cena discurrió así con cierta variedad. Duncan y Brent interpretaban a la perfección su papel de militares enviados por los Servicios Especiales del Pentágono, y el general Edwin Fuller, cuya presencia podía haber hecho más incómoda su posición, pese a que el militar no conocía lo ficticio de sus identidades castrenses, no se hallaba presente, habiendo hecho un mutis discreto tras las presentaciones, y antes de iniciarse la cena con los sabios.

A los postres, y tras el café y los cigarrillos, se hizo un momento de silencio tenso. Todos se miraron, como esperando lo que tenía que venir inmediatamente. Duncan carraspeó. Y Brent Marvin se encargó de formular la indicación:

—Ahora, señores, si les parece bien, trabajemos ya.

Asintió Prather, pensativo, estudiando a Marvin con cierta curiosidad. Por su parte, la profesora Barnes manifestó brevemente:

—La cena ha sido muy agradable. Esperemos que el trabajo también lo sea.

—Al menos, será breve —sonrió Brent—. Mi misión entre ustedes no encierra grandes complicaciones.

—No, supongo que las complicaciones quedan después para nosotros —comentó el doctor Taylor. Y soltó una larga risita, como si aquello tuviera realmente gracia.

Leyton se limitó a mover sus enormes ojos tras los vidrios de las gafas, y no dijo palabra alguna. Duncan observó, aplastando su cigarrillo en el platillo de su café:

—Puedo asegurarles que lo que nos ha traído a mi compañero, el mayor Marvin, y a mí, puede ser breve y de sencilla apariencia. Pero es extremadamente vital para la defensa presente y futura de nuestro país y de nuestras libertades.

—Así lo imaginé cuando recibí el comunicado del Pentágono —afirmó lentamente Prather, sin dejar de contemplar a Marvin—. ¿Algún arma nueva?

Brent se irguió, súbitamente preocupado. No era la pregunta, casi rutinaria, del profesor Prather, la que le había sobresaltado de repente. No era esa pregunta, ni ninguna otra. Era algo distinto. Una sensación extraña y súbita, una impresión vaga, confusa en el ambiente. Algo que escapaba a todo razonamiento.

Se mordió el labio inferior, mientras fingía prepararse para exponer en breve conferencia los motivos de su visita a la Base.

Estaba reflexionando en realidad, preguntándose qué era aquello que, de repente, había cruzado por su cerebro como una exhalación. Una impresión vaga y fugaz, pero singularmente intensa.

De pronto, Marvin había tenido la rara sensación de que alguien, en aquel grupo, penetraba hasta sus pensamientos, le espiaba secreta, calladamente, como si quisiera taladrar su mente y leer cuanto en ella había.

Respiró hondo, dominando sus impulsos. Trató de no pensar en nada, de no revelar absolutamente nada en su gesto, en su mirada, en sus movimientos. Con un poderoso autocontrol, como el que habitualmente enseñaban a los agentes federales en las Academias especializadas en la formación de nuevos hombres para el F.B.I., dotados de la mejor disposición mental y física para el desempeño de sus complejas tareas, Brent estaba seguro de dominar la situación, de plantar cara, calladamente también, al oculto inquisidor, al enigmático y anónimo escudriñador de sus emociones, a una de aquellas cuatro personas acomodadas con Duncan y con él, en el comedor confortable y casi hogareño del Pabellón Z.

—Sí, profesor Prather —dijo, tras un largo silencio meditativo—. Se trata de un arma nueva. Un arma terrible y devastadora. Pero, al mismo tiempo, una auténtica salvaguarda para nuestros humanos derechos de libertad, independencia y dignidad. Con esa arma, profesor, difícilmente se verá jamás nuestro país dañado por enemigo alguno, ni nuestras defensas superadas por recursos ajenos.

—Supongo que esa arma es un proyecto al que nosotros, en definitiva, debemos dar forma.

Era el doctor Taylor, repentinamente serio su mofletudo rostro, sin ánimos de nuevos chascarrillos al parecer, quien había formulado la observación. Brent le respondió sin rodeos:

—Efectivamente, doctor. Ustedes deben darle forma..., pero sólo en cierto modo.

—¿Qué significa, según usted, "en cierto modo"? —se interesó la profesora Stella Barnes, inclinando su atractiva faz hacia él, por encima del humo azulado de su cigarrillo.

—Exactamente lo que expresa por sí mismo, doctora. Los servicios técnicos del Ejército y de la Marina, han dado con un arma anfibia de tremendo alcance y poder, cuyos planos se hallan parcialmente en mis manos en estos momentos.

—¿Parcialmente? ¿Por qué así, y no totalmente?

Brent Marvin estudió con curiosidad al que había hablado. Su voz áspera, fría y algo mecánica, no resultaba simpática. Los ojos azules, extrañamente ampliados por los enormes vidrios de las gafas, tampoco contribuían a diluir esa sensación de repulsión que provocaba el doctor Sam Leyton sobre cualquier persona.

Era él quien había formulado la seca pregunta. Brent la respondió con igual sequedad:

—Es demasiado grande y trascendente el secreto, caballeros —suspiró por fin el falso mayor—. Mi misión consiste en llevar conmigo simplemente el cincuenta por ciento de esos proyectos, una vez ultimados por los técnicos. Ustedes se harán cargo de ellos, y desarrollarán su fabricación, sus detalles de tipo nuclear y cuanto de ustedes requiere el Pentágono. Pero hasta que otro militar, posteriormente, traiga la segunda fase del proyecto consigo, sin previo conocimiento de la que nosotros traemos, ni nosotros conociendo en absoluto esa segunda y última fase, el ingenio no estará terminado ni en disposición de ser conocido en sus más íntimos detalles. ¿Se dan cuenta, señores, de la cantidad de precauciones adoptadas en el manejo de este asunto?

Asintieron todos. La profesora Barnes expuso con seriedad:

—Nos damos cuenta, mayor, de que el Pentágono no quiere fiar a un solo hombre el conocimiento total de ese ingenio, ni correr el menor riesgo innecesario con él. Por otro lado, parece como si en Washington sólo confiaran ciegamente en cuatro personas, para poner en sus manos el plan: nosotros.

—En efecto —sonrió Brent Marvin, inclinándose gentilmente ante la dama investigadora—. Esa es la realidad, profesora Barnes. Confían ciegamente en ustedes cuatro. Son el equipo supremo en quien la Nación fía. Y, por tanto, sólo ustedes podrán conocer de forma completa el ingenio, sus aplicaciones y su secreto fundamental. Yo, pongamos por caso, no sabré sino la mitad. Una mitad perfectamente inservible sin la otra mitad, como quien parte un billete de mil dólares, y entrega un fragmento a cada persona.

—O como el plano del tesoro de todos los ingenuos cuentos infantiles —rió otra vez entre dientes el doctor Taylor, aunque con mirada grave y reflexiva.

—Exacto —concedió Brent—. Algo así, doctor.

—En suma: si usted fuese un traidor, un espía, pongamos por caso..., no podría informar al enemigo salvo de medio secreto militar.

Brent se volvió, contemplando, vivamente al que hablara. Otra vez el doctor Leyton emitía una frase seca, incisiva. Y, en este caso, incluso malévola. Los grandes ojos azules, como los deformes de un pez tras el vidrio de su pecera, no se apartaban un ápice de los de Marvin.

Éste afirmó despacio, con gravedad.

—Exacto, doctor Leyton —convino—. Usted dio en el clavo. El Pentágono no se fía de nadie en forma absoluta. De nadie... excepto de ustedes cuatro. Ahora, les ruego que vayamos a algún lugar donde podamos estudiar los planos que traigo conmigo. Es hora de trabajar, señores...

La mesa se levantó, sin protestas. El profesor Benedict Prather aparecía ceñudo, como molesto por algo. Cuando se encaminaron todos a una puerta situada al fondo, tras una cortina, se quedó atrás, tomando por un brazo a Marvin. Le expuso confidencialmente, en tono bajo:

—Debe disculpar a Leyton. Es un hombre raro, pero no trata de molestar a nadie con sus observaciones. Es su modo de ser. Está amargado, en cierta manera.

—No me molestó —sonrió vivamente Brent—. Yo no soy un espía o un traidor, y no podría darme por aludido por un comentario semejante. Además, el doctor Leyton tiene toda la razón en lo que dijo.

—Es posible; pero, de cualquier manera, tome nota de lo que le indico. Leyton es un individuo raro, pero tremendamente eficiente en su labor y de una fidelidad y patriotismo a toda prueba. No saque ninguna impresión errónea de su trato, mayor.

—Cuando goza de la confianza total del Gobierno, profesor Prather, debo imaginar que el doctor Leyton es como usted dice —observó con cierta agudeza en su expresión—. ¿O no...?

—Por supuesto —Prather se encogió de hombros, sin mirar a Brent, e inició la marcha hacia la salida del comedor—. De cualquier modo, dejemos eso. Todos aquí somos de total confianza. O no estaríamos en la Base secreta... Andando, mayor. Ardo en impaciencia de conocer ese nuevo ingenio... y en poner manos a la

obra para hacer del proyecto una tranquilizadora y sólida realidad para mi país...

CAPITULO 6

El avión se elevó del aeródromo secreto militar, en plena noche. Luciérnagas artificiales, marcando las pistas disimuladamente entre setos y matorrales de supuestos terrenos sin utilidad, quedaron muy abajo y muy atrás, a medida que el transporte militar se remontaba en la noche nublada, con sus dos excepcionales pasajeros a bordo.

—Y seguimos sin saber dónde estamos, ni dónde estuvimos —suspiró Duncan Harrison, frotándose el mentón con aire pensativo.

Brent asintió, rebulléndose en el asiento inmediato al de su compañero, en la herméticamente cerrada cabina del transporte, que no les permitía ver siquiera lo que quedaba allá abajo, al despegar ellos, tras su breve visita a la Base Ultra secreta R-USA-111, del Servicio de Defensa Nuclear de los Estados Unidos.

—Sí, creo que eso nunca lo sabremos, ni hace falta tampoco. Esa clase de secretos, cuanto menos gente los conozca, mejor.

—¿Crees que habrá servido de algo nuestra visita?

—No puedo decírtelo. El cebo se prendió al anzuelo, y tiramos de la caña, lanzándola al agua. Ahora, sólo cabe esperar a que piquen. Es la táctica de siempre. Con los peces, y con los traidores.

—Esa arma que dijimos poseer... ¡Es fantástica! ¿Crees que ellos se lo habrán tragado?

—¿Por qué no? Era una mentira plausible...

—Son hombres de ciencia, Brent.

—Hombres y mujeres —observó Brent con ironía—. ¿Olvidas a la profesora Barnes?

—Cielos, no es fácil. ¿Observaste qué pantorrillas tiene? Dignas de una "vedette" y no de una mujer dedicada a la Ciencia.

—Tus dotes de observación son prodigiosas... si existen piernas de mujer por medio —hizo notar Marvin sardónicamente.

—Tú no eres ningún tonto en este aspecto, Brent.

—Es cierto, pero estaba demasiado preocupado esta noche para

fijarme en los encantos físicos de la profesora, aunque sí he notado su atractivo y su encantadora figura. Me preguntaba, Duncan, quién de entre esos cuatro puede ser un traidor...

—¿Lo es con seguridad? ¿Existe ese traidor en ese grupo? No parece razonable...

—La traición nunca es razonable y, sin embargo, es fría y terriblemente lógica. Idealismos, demagogias, dinero, odio... Cualquier cosa provoca una traición, Duncan. Pero tienes razón en algo: aún no sabemos si existe ese traidor. Y si es uno de los cuatro. Por ello se ha lanzado el cebo y el anzuelo. La respuesta, la tendremos muy pronto.

—Sigo pensando que no morderá nadie. Esa arma es asombrosa, inverosímil... ¡Nada menos que un "missile", controlado a distancia, mitad proyectil y mitad nave individual, capaz de sumergirse como un torpedo, sobrevolar en la atmósfera o desligarse por tierra, como un vehículo a enorme velocidad, y después transformarse a voluntad de su ocupante o de sus controles remotos, en un proyectil nuclear, con cabeza atómica de potencia tremenda, tras haber disparado lejos de sí automáticamente, a su conductor! Es un arma inverosímil, Brent. Demasiado compleja, demasiado asombrosa...

—Hoy en día, en la técnica de "missiles" y todo eso, cualquier cosa es posible. Los planos expuestos son auténticos en su principio. Ya viste que ninguno de ellos les puso objeciones. Naturalmente, la segunda parte del supuesto ingenio, es la que nadie ha logrado aún: el combustible capaz de mover ese ingenio, el material de que ha de estar hecho, el sistema de control personal o a distancia, la forma de portar la cabeza nuclear y sus garantías de seguridad absoluta... Todo eso pertenece a la pura utopía, y el Pentágono sólo dispone de un vago proyecto sin ultimar, y que posiblemente nunca llegue a ultimarse. Pero eso no lo sabe el traidor, si es que lo hay en R-USA-111.

—Brent, aun suponiendo que uno de esos cuatro sabios sea un traidor, ¿cómo va a sacar de la Base el secreto, si nunca abandonan el recinto subterráneo bajo ningún pretexto, ni ninguno de ellos sabe exactamente el emplazamiento del mismo, como nos sucede a nosotros? Y aunque ello fuera posible, nosotros hemos experimentado personalmente la serie de detectores electromagnéticos, los Rayos X, los sistemas de registro, milímetro a

milímetro de nuestro cuerpo, cuero cabelludo, el análisis espectrográfico de tejidos, estampados, botones, toda clase de objetos y elementos, su ampliación a tamaños desmesurados, el registro minucioso de materias, de posibles escondrijos de microfilms, antes de abandonar ese recinto secreto. Y por si todo ello fuera poco, ¿quién recogería el informe, dónde y en qué forma podría ocultarse un enlace, para recibir la información del posible traidor encerrado allí? Es fantástico, Brent. Sumamente improbable, apelando a la fría lógica. No hay posibilidades de sacar de esa Base secreto alguno ni información de ninguna clase.

—Teóricamente, así es —convino Marvin, con un suspiro.

—¿Estás de acuerdo conmigo? Luego, entonces, ¿qué esperas obtener?

—No lo sé, aún. Pero si ese secreto llega a manos del enemigo, si ese falso descubrimiento militar es transmitido a algún país extranjero..., tendremos la prueba definitiva. Una evidencia incontrovertible de que ahí adentro, en R-USA-111, hay un traidor realmente. Y de que, sea como sea, existe una forma de enviar información, y un código especial, increíble, capaz de salvar esa tupida red de seguridad que parece impenetrable.

El transporte militar seguía su vuelo en la noche, alejándose del punto X, donde se hallaba la Base atómica estadounidense. Los dos presuntos oficiales se miraron en silencio unos momentos. Por fin, Duncan Harrison se encogió de hombros, con escepticismo, para manifestar finalmente:

—Estoy seguro de que no es materialmente posible que eso suceda, Brent. Hay algún error, algún malentendido en el Pentágono y en el F.B.I. Si realmente llegara a ser transmitido al enemigo lo que nosotros hemos montado ahí dentro..., sería cuestión de creer a pies juntillas en la brujería...

* * *

El "Austral" continuaba inmóvil en las aguas. Como una blanca sombra estilizada, reflejándose en la oscuridad del mar, donde cabrilleaban las luces de su cubierta y de sus ojos de buey.

No soplabla la más ligera brisa. El tórrido calor tropical había cedido ligeramente con la llegada de la noche, pero la falta de aire daba a la superficie marina todo el aspecto de un negro espejo. Allá, en la distancia, otras luces diminutas, casi perdidas en el azul

profundo de la noche, mostraban la situación de un islote, un simple montículo de peñascos y vegetación, emergiendo del apacible mar tropical.

Impaciente, Yuri Voronin, capitán del yate "Austral", separó los prismáticos de sus ojos. Dio unos pasos por la cubierta de la embarcación de recreo. No parecía en absoluto un desocupado y rico "yatchman" consumiendo sus vacaciones. Aquel hombre revelaba tensión, nerviosismo, actividad febril, una espera violenta y llena de incertidumbres.

A su lado, el fiel Polnieff se limitaba a escudriñar la distancia, sin prismáticos de ninguna clase, pero pendiente de los gestos y reacciones de su jefe.

—Posiblemente no sea ese el lugar —señaló de repente Polnieff.

—Tiene que serlo —sostuvo Voronin—. Los detectores lo han señalado sin lugar a dudas. Este es el punto. Y ese, el único trozo visible de tierra, en muchas millas a la redonda.

—Parece un lugar imposible de habitar, apenas un risco emergiendo del agua...

—Ellos elegirían un refugio así, no te quepa duda, Polnieff. Las ondas de radio surgían de ahí. Y nuestros sistemas de detección son perfectos, tú lo sabes.

—No me refería a un error. Cabe que ellos hayan montado una farsa, una mentira para desorientarnos. Saben que somos peligrosos, y esa sería una forma de desviarnos del lugar acertado.

—Es una posibilidad, de acuerdo —se impacientó Yuri—. Pero debemos correr el riesgo de equivocarnos. Tener algo en perspectiva, es mejor que nada. Ese islote puede ser el punto que buscamos. Si no lo es, la búsqueda continuará. No tenemos otro camino.

—Nuestro Gobierno ha pagado ya dos o tres "mercancías" de esa clase. ¿Por qué no resignarse y seguir pagando por ellas? Parece que ellos tengan todos los triunfos en la mano...

—Los tienen. Pero no nos vamos a resignar a pagar siempre, dependiendo exclusivamente de ellos. Es su negocio. El nuestro, consiste en ahorrarnos, a ser posible, cualquier gasto que podamos compensar con una apropiación directa de la... "mercancía", como tú has dicho.

—No parece posible hacer nada, señor —se sintió pesimista

Polnieff—. Ellos se adelantaron. Tienen fuerza, dinero, medios abundantes y pocos escrúpulos. Saben lo que quieren y cómo obtenerlo.

—Eso es obvio, sí. Pero todavía no se ha dicho la última palabra. El mensaje radiográfico interceptado, procedía de esta área. Exactamente de ese islote. Vamos a descubrir lo que hay en él. Si no nos han tendido un simple anzuelo, o si no hemos cometido nosotros un error imperdonable, es fácil que hallemos una pista que nos conduzca a los dirigentes de la organización, y podamos desarticular ésta. A fin de cuentas, hemos de pensar que lo que ahora están haciendo ellos con los Estados Unidos, mañana lo harán posiblemente con nosotros, vendiendo nuestros secretos al mejor postor, exactamente igual que hacen ahora, pero en sentido inverso. Créeme, Polnieff, terminar con esa pandilla será una obra muy beneficiosa... para todos. Absolutamente para todos.

Polnieff asintió, pensativo. Súbitamente, Yuri Voronin tomó sus prismáticos de nuevo, dirigiéndolos al islote que emergía ante ellos. Un ronroneo suave, apagado, se percibió en la quietud de la noche tropical.

—¿Qué es eso? —se intrigó Polnieff, en tensión.

—Un avión —dijo fríamente el capitán del "Austral", momentos después—. Es un avión, Polnieff... Avisa a los muchachos. Disponed el antiaéreo. Ese avión se eleva procedente del islote...

Polnieff lanzó una imprecación, y echó a correr hacia el interior del yate cuando descubrió en el cielo la diminuta mancha oscura de un cuerpo volador que se remontaba sobre el peñasco marino.

—Es una avioneta —señaló Polnieff, iniciando ya su carrera—. Una avioneta pintada a rayas... Parece blanca y negra.

—No —negó Voronin—. Es amarillo. Amarillo y negro...

La avioneta ronroneó sobre la isla durante unos instantes, se elevó, aumentando su altitud. De repente, sucedió el cataclismo.

Fue primero un sonido largo, sibilante, sostenido. Un sonido que se mantuvo cosa de cinco a seis segundos. Después, el silbido cesó, en algún lugar del islote solitario. Y hubo una terrorífica, cegadora llamarada, que iluminó la noche, inundando de luz cárdena la superficie del mar, la silueta blanca e inmóvil del "Austral" y cuanto rodeaba el lugar.

El islote, repentinamente desgajado, reventado por una fuerza

explosiva demoledora y súbita, comenzó a desmoronarse, en medio de una densa humareda, crepitando el fuego en los matorrales, rodando los peñascos hasta el mar, donde se agitaban las aguas, en turbio tumulto, recibiendo los fragmentos del islote destruido, en cuyas entrañas era fácil percibir nuevas y sordas explosiones, como de diversos sistemas destructivos, puestos en marcha por el primer estallido.

La avioneta amarilla y negra, como una monstruosa avispa de metal, zumbó sobre el mar, alejándose velozmente de la isla flamígera y desgarrada. Los marineros del yate blanco corrían por la cubierta, bajo la dirección vociferante de Polnieff, en busca de sus cañones y ametralladoras antiaéreos, para afrontar lo que presentían era un tremendo, latente y siniestro peligro: el aparato a franjas aurinegras.

—¡Disparad pronto a ese aparato! —avisó con energía Yuri Voronin—. ¡Vuela directamente hacia nosotros! ¡Presiento que no trae tampoco buenas intenciones, quienquiera que sea!

Una ametralladora estaba dispuesta ya en el puente. Dos marineros la atendían, tomando puntería sobre el avión, para hacer fuego.

El silbido estridente y maligno se repitió de súbito, llegando de las nubes,

—¡Cuidado! -aulló Voronin, soltando sus prismáticos para correr vertiginosamente por la cubierta de su embarcación de recreo—. ¡Nos ataca! ¡Todos de bruces sobre cubierta, o al agua si tienen tiempo!

Muy pocos tuvieron tiempo de semejante cosa. Los más, se precipitaron de bruces sobre las tablas de cubierta, en tanto que el silbido se prolongaba, aproximándose y haciéndose estridente, terrible, enloquecedor...

Una especie de esfera ígnea cayó en medio del "Austral". La noche se llenó nuevamente de luz, una luz violenta y rojiza, que lo inundó todo, cegando a quienes la vieron estallar en la cubierta.

Un caos devastador tuvo lugar a bordo, cuando se hendi6 la nave, partida en dos por la fuerza terrorífica, en medio de un alud de humo, fuego, acre olor y ecos ensordecedores, como estela del tremendo estallido que había tenido lugar a bordo.

Cuerpos humanos, desgajados y sangrantes, se dispersaron en

medio de aquel abanico terrible, lanzado al aire desde el yate. Apenas si había llegado a crepitar la ametralladora durante un par de segundos, perdiendo estérilmente un rosario de balas en el vacío de la noche caliente y dramática, sin alcanzar ni de lejos la estructura metálica del pajarraco asesino. La avioneta aurinegra se alejó, rápida como una flecha, dejando atrás, sobre el mar, el doble caos llameante de un islote desaparecido en medio del infierno devastador, y de un aparente yate de recreo que ahora, partido en dos, hendido brutalmente por la fuerza destructora llegada del cielo, se hundía rápidamente en el mar, con toda su tripulación a bordo...

* * *

El funcionario retiró el radiograma del teletipo. Lo pasó, rápido, a un pupitre situado junto a él.

Allí, otro funcionario hábil y veloz se apresuró a traducir el código del mensaje, pasándolo a su vez a un tercer empleado que, sin pérdida de tiempo, se incorporó, corriendo a entregarlo en otra mesa, situado en un extremo de la sala de recepción y traducción de mensajes cifrados.

—Personalmente para el general —dijo el empleado—. Muy urgente.

El hombre que tomara el mensaje, lo repasó velozmente, antes de erguirse y caminar hacia una puerta con la indicación "PROHIBIDO", allá al fondo.

El texto era breve:

"Localizados supervivientes yate "Austral". Con vida, aunque heridos, capitán Yuri Voronin, marinero Polnieff y otros dos hombres. Los demás, muertos o desaparecidos. Yate atacado por avioneta aurinegra que despegó del islote localizado en zona detectada. Islote también destruido."

Jurando entre dientes con aire irritado, el funcionario que recibiera el mensaje llegó a la puerta de acceso prohibido, llamando con los nudillos, en forma convenida. Se le autorizó a pasar, con voz sorda.

Entró, saludando rígidamente. En un vasto despacho, tras la hilera formada por cuatro secretarias que escribían rápidamente a máquina y bajo la custodia de dos hombres armados, de oscuro uniforme, un general cuyo distintivo señalaba la nacionalidad

socialista del pueblo a que pertenecían, extendió su mano impaciente, requiriendo el mensaje recién llegado.

—Malas noticias, señor —informó escuetamente el otro, tendiéndole el texto.

—¿Malas? —gruñó el general—. Peores acabo de recibirlas yo, Igor...

Y sin esperar a leer lo que decía el mensaje, tendió a su vez un papel amarillo a su interlocutor. Este sabía que en tal papel solamente se recibían informes directos del Estado o de los Servicios de Inteligencia del Gobierno. Lo tomó, preocupado, leyendo rápidamente lo que allí se había escrito, en traducción electrónica de un complicado código especial :

"Recibida oferta organización espionaje internacional venta secreto militar norteamericano diez millones dólares. Con la oferta figura un texto especial dirigido a nuestros servicios de inteligencia. Ese texto es: 'Yo, jefe supremo de la organización 'Medusa' de compra y venta de secretos internacionales, les advierto de que un próximo intento de hostilidad como el del yate 'Austral', por parte de sus agentes, implicará la ruptura de trato entre nosotros. Igualmente quedan advertidos de que yo, personalmente, advertí con tiempo suficiente el error de mi estación emisora el islote en el Pacífico, que les permitió a sus agentes detectar su posición exacta. Tuve que acudir en persona, destruyendo estación y personal. Del mismo modo, me vi forzado a destruir el 'Austral' con mis armas especiales. Lo lamento, pero de ustedes fue toda la culpa. Espero y deseo que les sirva de advertencia para el futuro. Con nosotros, ustedes serían siempre los perjudicados. Recuerden que no es posible luchar contra nosotros. Nuestros medios son demasiado poderosos para ello. Y no tenemos piedad. Se lo dice el jefe supremo de la Organización'. Ese es el texto recibido en el palacio presidencial. Ahora, se está estudiando la oferta para adquirir el secreto militar norteamericano o no. De momento, la oferta es sólo por la primera parte de dicho invento. La segunda, se entregaría al pago de un segundo plazo, tras haber recibido la Organización el primero, consistente en cinco millones de dólares. Si lo rechazamos, un país de Asia estará interesado en adquirir tal secreto. Es su ultimátum.

Por los Servicios de Inteligencia del Estado;

Mariscal Boris Ornov."

—Es sólo la primera mitad de un secreto vital para Estados Unidos —suspiró el general con irritación, tirando el mensaje referente a los escasos supervivientes del "Austral". Sus ojos reflejaron ira, impotencia, mal humor—. Personalmente, me repugna todo esto. Pero no dejaremos que Pekín adquiera tal secreto. Habrá que aceptar la negociación con esa maldita Organización de espías sin patria ni bandera. De momento, hay que reconocer que estamos en sus manos. Lo que me pregunto, es quién podrá ser su jefe supremo... Indudablemente, un ser astuto, frío e inexorable. Si alguna vez lográramos identificarlo y aniquilarlo..., la Organización se destruiría. Y a pesar de la utilidad que pueda reportar a nuestro Departamento, créame que desearía que eso ocurriese, con toda mi alma...

* * *

La cinta del teletipo se movió vertiginosa, ante las miradas expectantes de Brent Marvin y Duncan Harrison, en las oficinas federales del edificio del F.B.I. en San Francisco de California.

—Noticias de Washington —señaló Duncan, excitado—. Prepara el código.

Asintió Marvin vivamente, tomando las tablas de traducción de los mensajes cifrados. Una serie de iniciales en cifras y letras, al principio del mensaje enviado por teletipo desde el Departamento de Justicia de la capital federal, indicaban dos cosas fundamentales: la urgencia máxima del mensaje, y su naturaleza, relativa al caso de los secretos militares de la Base R-USA-111.

La cinta terminó de imprimir texto. Marvin la arrancó, impaciente, y Duncan se apresuró a tomar papel y lápiz para ir anotando la traducción. Estuvo hecha en pocos momentos.

Ambos agentes se miraron.

—Te lo dije —habló Brent—. Te lo dije, Duncan...

Asintió Harrison. Volvió a leer la traducción del mensaje.

—De modo que era verdad... —musitó—. Hay un traidor en la Base secreta...

—Sí —afirmó rotundamente Brent—. Lo hay. Y, lo que es peor, ha logrado sacar el secreto de la misma y entregarlo a alguien. Ahora, esa potencia ha adquirido el secreto militar en su primera parte. Un secreto que no vale nada. Pero eso es lo de menos a estas

alturas. Lo terrible es que puedan emitir información, que salgan de allí los datos... ¿Cómo pueden hacerlo, Duncan?

—Cielos, no lo entiendo. ¿Cómo, Brent? Y... ¿quién? La respuesta de Marvin a esa pregunta, fue contundente, seca:

—Eso es lo que tenemos que averiguar ahora. Quién...

De momento, hay una respuesta previa, el profesor Benedict Prather, la profesora Stella Barnes, el doctor Terence Taylor... o el doctor Sam Leyton. Uno de los cuatro, es el espía que traiciona a los Estados Unidos... Vamos. Hay que trabajar. Y de prisa.

CAPITULO 7

—¡Brent Marvin! Dios sea loadado... ¿Otra vez en Tokio, muchacho?

Stuart Ritter estrechó con calor la mano de Brent, y luego le palmeó los hombros, en un fuerte abrazo. El joven agente federal, al apartarse de la maciza recepción de su amigo de Tokio, se enfrentó a Rachel. Ella enrojecía ya vivamente, con el estupor, la excitación y el júbilo reflejándose en sus ojos brillantes, en sus gestos todos.

—Brent, oh, Dios sea loadado... —musitó la joven—. Es algo maravilloso esto... Brent, cariño... Tú en el Japón nuevamente. Tan pronto, apenas te marchaste...

E, impulsivamente, se lanzó en sus brazos. Brent sintió las palpitaciones de su seno agresivo, al apoyarse en su tórax. Luego, no advirtió nada que no fuese la blanda, húmeda caricia de los labios de la joven, ligándose a los suyos.

Cuando se separaron, Brent consideró que era el momento de echar un poco de agua fría sobre los entusiasmos irrefrenables de la joven.

—Mi querida Rachel, lamento decirte que no todo ha terminado, ni mucho menos —sonrió Marvin, con expresión preocupada—. Mi retorno a Tokio, no es ahora de placer.

—Oh, ¿no? —pareció latir la decepción en la voz de la muchacha, pero seguidamente tornó a cobrar nuevo entusiasmo—. Pero no importa, Brent. Lo maravilloso realmente es que has vuelto...

—Sí, eso sí. Pero ahora por obligaciones de mi trabajo.

—¿Tu trabajo, Marvin? —se sorprendió el padre de Rachel, avanzando unos pasos e interviniendo en la conversación.— No entiendo bien... ¿Está Tokio relacionado de algún modo con tu asunto?

—No, no —rechazó Brent con cierta jovialidad—. No es eso,

Ritter. Es algo más compleja Quiero hacer un experimento.

—¿Un... experimento? —pestañeó Ritter, perplejo—. No entiendo...

—En Tokio, en vuestra radiante Feria Internacional, hay un hombre que me interesa sobremanera. Un hombre que puede hacer de su pabellón ferial un auténtico centro del contraespionaje americano, en una batalla decisiva por la seguridad de nuestro país... y tal vez de otros muchos.

—Sinceramente, Brent, sigo sin entenderte una sola palabra...

—No importa. Yo lo entiendo, Stuart, y eso basta por ahora. Pero te lo explicaré, porque voy a necesitar tu ayuda para encontrar a un traidor. Al más extraño y fascinante traidor que jamás existió. Al ser capaz de crear y llevar a la práctica un código invisible, contra el que nada pueden los mejores servicios de seguridad.

—¿Adónde vas a parar, Brent? Parece todo eso una historia fantástica...

—Fantástica, sí. Esa es la palabra. Una verdadera fantasía, como una obra de magia o una fabulosa representación circense a escala mundial, Stuart... Lee este mensaje. Tal vez te lo explique todo..., o casi todo.

Extrajo Brent Marvin un documento de su bolsillo. Lo tendió a su amigo, el funcionario norteamericano en Tokio.

El padre de Rachel tomó el escrito. Comprobó que era un mensaje recibido por radio. Un extraño, breve mensaje, dirigido al F.B.I., y con una firma igualmente extrañares-concertante:

F.B.I. Washington, D.C. — USA—¿Por qué no averiguan el misterio sobre la desaparición de dos hombres? El primero, llamado Dudyar Melby, desaparecido en un circo que actuaba en Isla Chica, en las Galápagos. El segundo, Richard Klein, se ausentó de Honolulu, Hawái, sin que se sepa su paradero actual. Averigüen eso, y la rara facultad que ambos poseen. Tal vez entonces comprendan muchas cosas...

Yuri Voronin."

* * *

—Sí, Brent. Hablaremos de nuevo con el profesor Weltz — afirmó Rachel, conduciendo hábil y diestramente su coche deportivo, color rojo, a través del denso tráfico de la capital nipona,

rumbo al gran parque de Asakusa, donde se extendía el multicolor panorama de la Feria Internacional—. Espero que se preste a colaborar.

—Yo también lo espero. Y lo deseo, Rachel.

—Pero, Brent, no logro entender lo que buscas... Se lo dijiste a papá, lo sé. Sin embargo, yo no me enteré muy bien de todo ese enredo.

—Es complicado de entender, cuando no se tiene la clave. Creo que jamás la hubiera encontrado, de no ser por ese providencial mensaje de un hombre llamado Yuri Voronin.

—Yuri Voronin... —Rachel enarcó las cejas—. Raro nombre para un colaborador de los Estados Unidos... ¿No será una trampa?

—No, no. Sería ingenua. Hemos averiguado quién es el hombre.

—¿Y... quién es?

—Un agente secreto del Estado.

—De nacionalidad...

—Sí, exacto —sonrió Marvin—. Lo que tú supones.

—Pero ¿por qué te informa a ti, al F.B.I., de...?

—Odio. Afán de venganza. Su país no ha querido hacer nada contra las personas a quienes odia Voronin, porque les conviene negociar. Nos hallamos ante una especie de entidad privada a escala mundial, una Organización apátrida de espías, traficantes en secretos militares, bélicos o científicos, que venden al mejor postor, tras haberlos obtenido a través de sus propios medios de información.

—¿Y por qué ese Voronin ha llegado al extremo de anteponer su odio a sus conveniencias patrióticas y...?

—Lo hemos averiguado recientemente. Su yate, el "Austral", fue hundido por la agresión de una avioneta sin identificar, cerca de un islote igualmente destruido con cargas de TNT almacenado en su interior, y provocando la explosión con una bomba lanzada desde la avioneta. El yate sufrió igual suerte, cuando Voronin buscaba sin duda uno de los refugios o estaciones de la Organización. Voronin perdió su yate, su tripulación, y él mismo está grave, con una pierna amputada. Su afán de venganza le ha llevado a denunciarnos el caso, dándonos la clave que explica la existencia de un código invisible, capaz de burlar a los sistemas más impenetrables de seguridad.

—No puedo entender lo que aclara ese mensaje recibido por radio, Brent...

—No aclara nada, si uno no averigua quiénes son exactamente Rudyard Melby y Richard Klein.

—Bien. ¿Y quiénes son ellos? —se interesó vivamente Rachel.

Brent respondió a ello, cuando ya el automóvil rojo enfilaba la carretera arbolada que conducía a Asakusa Park: —Melby trabajaba en un circo. Era una popular atracción de muchos países. Un hombre excepcional en su habilidad. Richard Klein, había sido antes un "gánster", un hombre del hampa, conocido como Ricky King. Durante su historial delictivo, fue famoso por eludir siempre a las bandas rivales, a sus enemigos personales... y a la Ley, por supuesto. Todo ello, gracias a una rara, peculiar habilidad suya, una especie de don que, casualmente, era común a Melby también, aunque éste se ganaba la vida con él, y Klein incluso había procurado olvidarlo para iniciar una nueva vida como diseñador de modas en Honolulu.

—Me tienes sobre ascuas, Brent. ¿Qué clase de habilidad o don tenían ellos dos?

—Exactamente la que precisaba alguien, para poder TRANSMITIR TODA CLASE DE SECRETOS CIENTÍFICOS O MILITARES, sin ser apercibido, sin llevar nada consigo, sin necesidad siquiera de salir de un lugar cerrado, hermético y bien vigilado, sin contacto físico o personal con nadie...

—Brent, eso no puede ser...

—Sí puede ser —sonrió extrañamente Marvin—. Melby y Klein son TELEPATAS. Es decir, pueden RECIBIR Y EMITIR PENSAMIENTOS DE PERSONAS INICIADAS EN TELEPATÍA. ¿Lo entiendes ahora? TELEPATÍA, Rachel... Un código invisible, inaprehensible, una forma fantástica de enviar información a distancia...

—Cielos... —gimió Rachel, frenando el automóvil de golpe, frente a los gallardetes y estandartes que marcaban el acceso a la Feria—. Telepat

CAPITULO 8

Telepatía... Entiendo, sí. Entiendo muy bien, señor Marvin...

—Sabía que usted lo entendería, profesor Weltz. En cuanto hemos sabido contra la clase de extraña arma que teníamos que enfrentarnos, pensé en usted. Por ello volví a Tokio. Solamente usted puede ayudarnos.

Lothar Weltz sonrió, asintiendo. Luego, escudriñó una vez más la salita parecida a un cinematógrafo, donde se alineaban hasta cuatro personas, enfrentadas a la pantalla de apariencia cinematográfica y muy ocupadas ahora en cuchichear entre sí, presa de viva excitación. Eran tres hombres y una mujer. La profesora Barnes, el profesor Prather, y los doctores Taylor y Leyton.

—Ahí tiene usted a sus conejillos de indias, Marvin —habló el investigador alemán—. Cuatro personas, de las cuales está usted bien seguro que una de ellas es traidor, bien por ideología o por ambición personal. Un traidor extraño, insólito, cuya única tarea consiste en memorizar unos planos, unas cifras, unos datos... y emitirlos a distancia, concentrando sus pensamientos que, por fuerza telepática, llegan a otro cerebro "receptor", situado en un punto determinado.

—Exacto. Y ese cerebro, a su vez, puede emitirlo ya a los centros que esperan la información. Hay dos "enlaces" o "receptores", para evitar riesgos y cubrir posibles contingencias. Además, eso afina más, evitando errores, pues sin duda computan las dos "recepciones mentales", confrontando datos captados por los télépatas que reciben la información. Es asombroso. Especialmente, cuando la propia Ciencia jamás ha podido admitir o probar de forma categórica la existencia de esa fuerza llamada Telepatía.

—Es un código asombroso, Marvin. Comprendo su perplejidad. Pero si anula usted a la fuerza "emisora", rompe totalmente la cadena y anula a todos los demás elementos del plan, ¿no es eso?

—Sí, esa es mi idea. Creo que no sólo nosotros, sino muchas otras potencias, y la propia paz mundial, pueden depender de que ese ser pueda ser aniquilado como fuerza activa, al servicio de la Organización de espionaje internacional apátrida.

—Y usted espera que yo, con mi invento electrónico, pueda...

—Yo espero que pueda reflejarme los pensamientos de los cuatro científicos ahí reunidos, que el Pentágono y el Servicio de Seguridad se han apresurado a trasladar a Tokio, sin darles la menor explicación de lo que se prepara. Es mi plan, y aceptaré su éxito o fracaso sin pestañear. No puedo hacer otra cosa. Esa organización parece ser que se denomina a sí misma "Medusa", según nos han informado nuestros servicios de inteligencia en el extranjero. "Medusa" fue famosa por su cabeza llena de serpientes. En este asunto, no hay duda de que la cabeza, el cerebro y sus pensamientos, son la clave de todo.

—Gente audaz y peligrosa —afirmó Weltz—. Le ayudaré, Marvin, pero nada puedo prometerle. Además, si el telépata que está ahí dentro recela algo..., se concentrará para no ser sorprendido, emitirá pensamientos vulgares, anodinos...

—Es posible. Sin embargo, debo intentarlo. Provocaré alguna crisis en ellos, la que sea. Usted, vigile las imágenes que reciba de sus pensamientos. Cualquier indicio puede bastar. Con separar a ese traidor del centro experimental secreto, se habrá evitado todo riesgo, Weltz.

—Aun así, no le garantizo nada, Marvin. Que Dios nos ayude. Va a hacernos falta.

—Así sea —musitó con fervor Marvin—. Vamos allá, profesor...

* * *

Lothar Weltz pulsó el botón. Se empezó a percibir el zumbido, sordo y apagado, como un lejano motor en funcionamiento. O como un extraño insecto revoloteando, invisible, en la sala. Invisible como los pensamientos. Invisible como el código que un cerebro privilegiado difundía a distancia, en simples ideas, en imágenes mentales, para otros cerebros, fisiológicamente tan anómalos y superdotados como el del "emisor" de pensamientos, desde la secreta BaseR-USA-111.

—No piensen en nada, señores —pidió Weltz—. Absolutamente en nada, se lo ruego. Solamente a una orden mía, podrá cada uno

de ustedes pensar en algo...

—Esto es ridículo —manifestó agriamente el doctor Sam Leyton—. ¿Se nos trata como a sospechosos de algún delito, o como a vulgares conejillos de indias en un laboratorio?

—Ni una cosa ni otra —avisó fríamente Weltz—. Es una prueba psicotécnica ordenada por el Gobierno de los Estados Unidos. Sólo eso.

—¿Y para ello se nos ha debido arrancar de nuestro trabajo en la Base, para hacernos viajar hasta Tokio? —se engalló con tono irritado el profesor Prather—. No tiene sentido.

—No puedo responderles a eso —se encogió de hombros Weltz—. Soy extranjero. Me limito a cooperar con su Gobierno, eso es todo.

—Algo se encierra en todo esto —intervino la profesora Barnes—. Me gustaría saber lo que es exactamente...

—Por favor, dejen de hablar. Ustedes saben lo que les fue ordenado: obediencia absoluta a mis instrucciones durante los pocos minutos que permanezcan aquí dentro. Es todo lo que les pido. No hagan más difícil mi tarea, se lo ruego.

—El profesor Weltz tiene razón —opinó el doctor Terence Taylor, sin ningún aire de humor o burla en su tono habitualmente chistoso—. Es un científico como nosotros, y le ha sido asignada una misión por los mismos que a nosotros nos encargan de cumplir la nuestra. Por disciplina y por sentido común, debemos cooperar.

—Gracias, doctor Taylor —se inclinó ceremonioso Weltz—. Usted es la única persona que parece aquí dispuesta a cooperar realmente con un sentido positivo de la situación. Puedo prometerles que las molestias serán mínimas. En breve tiempo, habré terminado, y podrán ustedes marcharse libremente.

Se hizo un silencio total. Zumbaba el sistema electrónico de la extraña salita de proyección. Allá, tras un visor de vidrio que, para los presentes en la cámara era solamente un panel más de pared, opaco y sólido, los ojos agudos de Brent Marvin no perdían de vista detalle alguno de la escena. Un sistema microfónico le traía el sonido de las voces y el zumbido bisbiseante del mecanismo mediante el cual trataba Weltz de analizar los pensamientos de cada uno. Pero en realidad, era algo decisivo lo que se buscaba con aquel procedimiento imaginado por Brent al recordar los experimentos

del sabio alemán en la feria de Tokio: los computadores electrónicos del "reproductor de pensamientos" de Lothar Weltz, registrarían sin lugar a dudas la potencia mental de un telépata, por mucho que éste disimulara su prodigioso don. Con igual fidelidad que un encefalograma registra un fallo o una deficiencia cerebral, el ingenio electrónico señalaría algo anómalo en uno solo de aquellos cerebros dedicados a la ciencia. Una anomalía que, inexorablemente, señalaría el "emisor" telépata de la base ultra secreta. Una fuerza o fluido magnético que, a través de distancias inverosímiles, era capaz de llegar a otros cerebros receptores, estratégicamente situados, como eran los de los desaparecidos Melby y Klein, para posteriormente reproducir materialmente, en cifras, dibujos, textos o imágenes fieles, el pensamiento poderoso del asombroso espía.

Ciertamente, el telépata debía sospechar o temer algo. El propio Weltz ignoraba con exactitud quién podía ser de los cuatro, pero no podía, por mucho que lo intentase, retener en un circuito cerrado sus propios pensamientos. Y un telépata tan formidable como el que se hallaba allí dentro, forzosamente tenía que haber captado lo que se proyectaba hacer con ellos.

Algo intentaría el hombre —o la mujer—capaz de emitir a distancia sus informes mentales. Pero cualquier cosa que ello fuese, quizá no bastaría para burlar al registrador mental de Weltz, porque la idea reflejada en la pantalla podría ser perfectamente inocua, mas no así la potencia mental, las facultades anormales de quien emitiera tal idea...

Brent confiaba en aquel truco casi de ciencia-ficción, para desenmascarar al que, en suma, era centro vital del sistema ideado por la Organización "Medusa". Eliminando el telépata de la base, Klein y Melby serían inútiles para la organización. Y encontrar otro traidor con facultades semejantes llevaría quizá años enteros.

Dentro, comenzaba el experimento. La doctora Barnes, como mujer, era la primera en someterse al juego. En la pantalla comenzaron a aparecer formas, siluetas, líneas borrosas, que lentamente formaron algo; Brent lo recordó en seguida. Era el comedor de la base. Luego se vio un laboratorio, unos apuntes incongruentes... y de nuevo el comedor. En el comedor, esta vez, se veían siluetas borrosas, sin rostro. Y una con faz, con expresión, con

gesto. Brent se sobresaltó. Era él. El mismo, visto por la mente de la profesora Barnes... El pensamiento de ella se centró en sus ojos, en su boca, casi en un primer plano se fundió luego en sombras, tras una rara, fugaz visión erótica de dos cuerpos en silueta, fundidos prietamente...

Brent resopló. Dentro de la cabina, la profesora había enrojecido, mirando con vivo estupor a la pantalla, y luego a Weltz, que se mantuvo imperturbable. Taylor hizo un jocoso comentario inoportuno, riendo entre dientes burlonamente:

—Vaya, profesora... ¿De modo que esos pensamientos tiene respecto al joven mayor Marvin que nos visitó...? Casi me había olvidado de que es usted una mujer joven... y atractiva.

—Guárdese sus comentarios, Taylor —se molestó Stella Barnes, aún ruborizada—. Puedo pensar lo que me dé la gana. Pero ignoraba que ese mecanismo pudiese reproducir tan fielmente unos pensamientos...

—Aún no es perfecto —rechazó Weltz con modestia—. Su acción es brevísima y limitada. Muy imperfecta, en suma. Algún día lo perfeccionaré totalmente, esté segura. Sigamos, por favor. La prueba ha de ser muy breve en cada uno. El aparato tiene acción limitadísima, ya se lo he dicho.

—¿Qué es esto? ¿Psicoanálisis electrónico? —bromeó fríamente Prather.

—Algo así —sonrió con sequedad Lothar Weltz—. Para la burocracia estatal, un simple trámite más, para añadir a sus fichas especiales, señores. No alberguen ningún recelo ni se irriten. Muchos más van a pasar por su situación, en el Estado Mayor, en el Comando Estratégico y en instituciones de semejante responsabilidad...

El zumbido volvió a sonar en los micrófonos de escucha de Brent. Una segunda persona del grupo iba a ser "psicoanalizada" con imágenes fieles de sus ideas más recónditas. Todavía sorprendido por los deseos que él había logrado inspirar a la hermética profesora, Brent prestó atención a la persona de Benedict Prather, director del grupo investigador de la base R-USA-111, que iba a suceder a la atractiva mujer en la prueba electrónica del Lothar Weltz...

Tres habían pasado la prueba ya. Brent reflexionó, fumando un

cigarrillo nerviosamente. Weltz hacía un alto, para permitir a los delicados mecanismos de su ingenio electrónico, que descansaran del esfuerzo a que estaban siendo sometidos. De una puerta inmediata surgió Duncan Harrison, con un auxiliar del profesor Weltz. Traía consigo una cinta cubierta de trazos, como la de un detector de mentiras o un encefalograma. La mostró a Marvin, con gesto huraño.

—Nada, Brent —dijo.

—¿Nada? —se sorprendió el agente federal, mirando a su compañero.

—En absoluto. La prueba es nula. Los tres cerebros analizados por la máquina son totalmente normales. La potencia de sus ondas mentales es vulgar, teniendo en cuenta su condición de gente preparada científicamente y de sólida cultura.

—A ver eso, Duncan —se extrañó Brent, tomando la cinta de papel grabada con los trazos ultrasensibles de la aguja detectora—. ¿Podría ocurrir que el telépata disimulara, camuflando su poder a cualquier indicador electrónico?

—Podría ser —admitió el empleado de Weltz—. Pero no es probable. Una mente como la del telépata a que usted se refirió, señor, tiene por fuerza que delatar en algún instante su potencial mental, realmente insólito. Y ahí, no hay nada de nada...

Brent reflexionó, estudiando los trazos regulares, casi idénticos, de las tres personas examinadas hasta el momento. Una cuarta, la última del grupo, iba a pasar en ese momento la prueba. El agente del F.B.I. asomó por el vidrio. Comentó entre dientes:

—De modo que podría suceder que esas tres personas no tuvieran nada que ver en el asunto..., y el telépata, el traidor, fuese la cuarta persona. La que ahora va a pasar la prueba...

—Sí, eso es muy factible —convino el ayudante de Weltz—. Estoy por asegurar que ese hombre que va a ser examinado ahora..., es el telépata. Si es que realmente existe tal persona...

Brent no respondió. Estaba mirando a los que ya habían pasado la prueba. A la bella profesora Barnes, al rígido profesor Prather, al hermético y desagradable doctor Sam Leyton...

Y, naturalmente, al último que quedaba por examinar. Al risueño, divertido doctor Terence Taylor. Quizá, en realidad, "estaba contemplando al traidor..."

El cuarto experimento comenzó.

Y, de repente, el infierno estalló con brutalidad devastadora, dentro del pabellón de la República Federal Alemana, en la Feria Internacional de Tokio.

Un infierno aterrador, de muerte y destrucción...

CAPITULO 9

LA avioneta de franjas aurinegras vomitó los dos primeros proyectiles con precisión matemática.

Fueron dos bombas incendiarias que cayeron con matemática precisión sobre el pabellón en el que ondeaba la bandera de la República Federal Alemana. Su silbido estridente se quebró al estallar en el edificio, desgarrando su estructura futurista, hendiendo metal, plástico y vidrio, en un caos alucinante, estruendoso, en medio de una humareda oscura y acre, por entre la que surgían las lenguas cárdenas y violentas del fuego, apoderándose del pabellón aniquilado.

El pánico, la angustia colectiva, el terror más repentino y violento, se adueñó de visitantes, personal y vigilancia de la gran feria japonesa. La avioneta amarilla y negra, como un monstruoso insecto de muerte, sobrevoló velozmente otras hileras de pabellones, lanzando ráfagas de ametralladora sobre los vehículos de la Policía nipona que se hallaban de servicio, y sobre los puntos estratégicos del recinto ferial, más al parecer, con ánimo de mantener el pánico que con el de destruir más vidas en su cobarde atentado.

Rachel Ritter, que aguardaba en el amplio bar situado frente al pabellón alemán de Bonn, la salida de Brent Marvin del recinto de los Weltz, y también la prometida llegada de su padre a la feria, para reunirse con ambos, emitió un terrible grito de horror ante el desastre. De sus labios escapó una palabra, una sola, repetida con trémula voz, con auténtico pánico y angustia irrefrenable:

—Brent... ¡Oh, Brent, Brent...! —y se precipitó a la carrera, exasperada y suicida, sin miedo alguno a lo que a ella pudiera sucederle, directamente sobre el pabellón alemán donde se hallaban Marvin, Duncan Harrison, los sabios de la base secreta americana, y

el profesor Weltz con sus auxiliares técnicos.

Se encontró con Marvin en medio del humo acre, irritante, ya cuando quería aventurarse dentro del pabellón alemán. Él la aferró viva, violentamente por los brazos, reteniéndola casi a viva fuerza, luchando desesperadamente con su histerismo.

—No, Rachel, no avances más... —jadeó Brent, con el rostro sucio de humo, de polvo, de sangre que fluía por dos cortes en su mejilla y sien—. No entres ahí. Es un infierno...

—Brent... ¡Brent, estás... estás a salvo! —gimió ella, cuando pudo identificarle.

—Sí, por puro milagro... —apretó las mandíbulas, mirando hacia el cielo, en el que revoloteaba, siniestro, iniciando una maniobra de alejamiento, el avión aurinegro—. Esos asesinos calcularon bien el golpe... Por fortuna, muchos están a salvo ahí dentro, ayudando a los heridos, sacándolos por la parte de atrás, que ha quedado totalmente destrozada, camino de los botiquines de urgencia.

—¿Hay... hay muchas... víctimas?

—Parece que sí. Los auxiliares de Weltz... El profesor Weltz está malherido... Y el profesor Prather... La profesora Barnes se salvó... Leyton también está ileso. Y Duncan... El doctor Taylor es quien ha perecido, aplastado por un muro, alcanzado por la metralla...

—Dios mío, es horrible...

—Horrible, sí -afirmó Brent-. Pero eso le sirvió para eludir su castigo. Él era el telépata, el traidor de la base, Rachel...

Ella le miró asombrada. Brent la apartó del pabellón alemán, que parecía en peligro, pasto totalmente de las llamas y del tremendo calor que derretía el plástico y convertía los muros de aluminio en auténticas parrillas mortíferas.

Ya por la feria llegaba el estridente aullido de las sirenas de ambulancias y servicios de extinción de incendios. La Policía, inútilmente, abría fuego con metralletas y fusiles, sobre el avión amarillo y negro, que huía del lugar del desastre.

Justamente entonces, los dos aviones de caza norteamericanos, aparecieron en el azul, sobre Tokio... Dos aviones militares de la base aeronaval de la capital japonesa...

Interceptaron el avión en pleno vuelo, a la vista de todo el

aterrorizado público de la feria. El asesino de la avioneta aurinegra trató de escabullirse, de huir cobardemente, disparando proyectiles llameantes sobre los aparatos americanos.

Rachel, abrazada a Brent, asistió al terrible final de la avioneta siniestra. Cogida en medio de dos crepitantes ráfagas de ametralladora, el fuselaje se incendió, quebrándose violentamente. Una figura humana saltó al vacío, en para-caídas, y comenzó a caer sobre Tokio, planeando bajo el enorme hongo de seda que flotaba en el azul...

Brent tomó su automática. Se volvió hacia Duncan, que acudía a la carrera, también armado, cubierto de rasguños, de polvo, sangre y humo, procedente de detrás del llameante pabellón alemán. Brent le indicó con voz potente:

—¡Cuida de Rachel, Duncan! ¡Yo voy a ver si doy caza a esa bestia maldita de la avioneta, antes de que logre escapar, una vez toque tierra...!

Rachel hizo acción de seguir a Brent, de correr tras él, pero lo impidió Duncan Harrison, reteniéndola con fuerza junto a sí. Marvin, armado con su pistola automática, corrió a través de la feria, abriéndose paso entre aterrados visitantes, recto hacia el punto donde se veía que el paracaidista iba a terminar cayendo...

Alcanzó el lugar cuando ya hacía algún tiempo que el paracaidista lo hiciera. Aún distante, llegaba el ulular de la sirena policial. Brent se anticipó a todo, arma en ristre, dispuesto a matar sin contemplaciones. i

Le sorprendió ver inmóvil el paracaídas, como una rugosa mancha blanca, caída sobre una enorme extensión de césped, inmediata al recinto ferial. Alguien, otro hombre, corría a la vez hacia el mismo punto. Brent no reconoció a la persona de negro suéter, pantalón gris y gorra de breve visera. Pero se dio cuenta de que esgrimía un arma, y se puso en guardia. Avanzó más cauto, observando que el hombre del suéter negro se inclinaba sobre una forma inmóvil, oscura, caída en el césped, junto a la trama de hilos de seda que sujetaran el paracaídas a un cuerpo humano.

Era ese cuerpo humano el que no se movía. Brent encañonaba a ese cuerpo y al del hombre de negro suéter, cuando alcanzó el lugar. Se encontró con una sonrisa fría, en un rostro eslavo.

—No se moleste, Marvin —habló en imperfecto inglés el hombre

—. Está muerto...

—¿Muerto? —Brent miró el cuerpo inerte, abatido en el césped

—. No pudo matarse ahí...

—No. Vea su cuerpo. Acribillado a balazos. Debió arrojarle de la avioneta con su último aliento vital. Pero ya los aviones americanos le habían alcanzado mortal mente...

Era cierto. Observó las balas en la espalda, en el costado... Antes de girarle la cabeza al piloto, cuyo casco de cuero ocultaba su exacta estructura, Marvin estudió receloso al individuo de negro suéter.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué sabe de este asunto?

—Mi nombre es Polnieff —sonrió el otro—. Tenía una deuda con esta gente. Por eso acudí a Tokio hoy... Puede hacerme arrestar, Marvin. Pero en el fondo, luchamos por una misma razón. A nadie gustaría que la paz mundial se quebrase un día, por culpa de hombres como ese...

Brent entendió. Polnieff, el auxiliar directo de Yuri Vo-ronin... Miró al eslavo, luego al muerto. Le giró el cuerpo, arrancó su casco violentamente, sus gafas de vuelo... Palideció intensamente. Retrocedió unos pasos, incrédulo.

—Sí, Marvin —asintió roncamente Polnieff—. Mi compañero Voronin averiguó eso recientemente. Me envió a mí, con la misión de destruirlo, pero él se anticipó, destruyendo el pabellón alemán de la feria... Era el jefe. El jefe supremo de la "Organización Medusa"...

Brent Marvin estaba ahora seguro de eso. Sabía que Polnieff decía la verdad. Sabía que aquél era el cerebro oculto de la organización dedicada a comprar y vender secretos militares, a robar audazmente informes valiosos...

Y aquel hombre, el piloto de la avioneta aurinegra, el jefe de la "Organización Medusa"... "era Stuart Ritter, el funcionario americano en Tokio". El padre de Rachel...

CONCLUSIÓN

—¡Qué doloroso y terrible, Rachel. Pero ya nada puede hacerse por él...!

—Dios mío, sí —la rodeó con sus brazos, tiernamente. Besó sus cabellos, sus ojos húmedos. Los dedos de Marvin se hincaron en la crujiente seda negra del atavío de luto. Contempló la puerta del templo anglicano, donde se celebraban las honras fúnebres por Stuart Ritter—. Muerto, Rachel. Hay que hacerse a esa idea, mirar al futuro, serenarse y vivir dentro de la mayor resignación ante lo inevitable...

—Brent, era un hombre encantador. El mejor padre del mundo...—sollozó ella.

—Claro querida... El mejor hombre del mundo también. Un gran amigo —mintió con serenidad Marvin—. Nadie pudo evitar que aquel asesino de la avioneta, con su ametrallamiento de la feria, le alcanzase a él, entre otras víctimas. Él, que acudía a reunirse con nosotros, ajeno a la tremenda suerte que le esperaba... Pero el asesino pagó su tributo. Su cuerpo carbonizado estaba entre los restos de la avioneta, ya era casi cadáver... Murió en el aire. Pagó con la vida su crimen. Lo penoso es que tu padre, mi amigo Stuart, fuese una de las víctimas de aquel cobarde atentado... Nadie pudo evitarlo, querida. Nadie...

Rachel asintió, llorosa. Ocultó su rostro dolorido y pálido contra el torso de Brent. Fuerzas militares americanas rendirían honores al americano muerto. Los ojos de Brent se encontraron con los de su amigo Duncan Harrison. Y con los de un hombre de gorra de corta visera, de suéter negro y pantalón gris, que asistía a los funerales, confundido con la gente.

Aquella mirada, aquel mudo cambio de impresiones, revelaba a los tres hombres una misma idea fija, que sólo ellos conocían.

Ninguno de ellos hablaría jamás, para revelar la verdad, para

decir al mundo, a la hija del traidor, del hombre ambicioso de poder y de fortuna, que Stuart Ritter había sido el hombre de la avioneta aurinegra.

Todos ellos conocían el secreto. Y nadie más. Para el mundo, para Rachel, Ritter cayó víctima del atentado, en la Feria de Tokio. Un cuerpo carbonizado, imposible de identificar, suplantó el cadáver de Ritter junto al para-caídas. Y nadie sospechó nada. Nadie supo la verdad.

Jamás, nadie, sabría la verdad tremenda y amarga. Era mejor así. Por Rachel, por las gentes, por los Estados Unidos y por todos los buenos patriotas que luchaban por su país, por el futuro, por un mundo mejor sin guerras ni odios.

El código invisible estaba vencido. Klein y Melby serían hallados y liberados de su penosa obligación bajo las amenazas criminales. Ritter sería inhumado como un ciudadano ejemplar. Así viviría en el recuerdo de Rachel.

Eso era lo mejor.

Marvin lo sabía, mientras abrazaba con fuerza y ternura crecientes a la bella muchacha enlutada...

FIN



UNA DE LAS COLECCIONES MAS
SOLICITADAS POR USTED SE LA
OFRECE AHORA

BOLSILIBROS EASA

EL SELLO DE PRESTIGIO. BUSQUE
LA ARDILLITA PARA TENER LA
GARANTIA DE UNA CALIDAD UNI-
CA EN BOLSILIBROS.

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.

E EDITORIAL CASTELLANA

P.V.P. **15** Ptas.35.